



Solo
RECUERDO
TU VOZ

PRISCILA SERRANO

Copyright

EDICIONES KIWI, 2020
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, ----- 2020

© 2020 ----
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright

Nota del Editor

Parte 1

Introducción

Capítulo 1: Judith

Capítulo 2: Judith

Capítulo 3: Héctor

Capítulo 4: Héctor

Capítulo 5: Judith

Capítulo 6: Héctor

Capítulo 7: Héctor

Capítulo 8: Judith

Capítulo 9: Judith

Capítulo 10: Héctor

Capítulo 11: Judith

Capítulo 12: Héctor

Capítulo 13: Judith

Capítulo 14: Héctor

Capítulo 15: Judith

Parte 1

Introducción

Se suponía que iba a ser el día más feliz de mi vida. Se suponía que, tras cinco años de estar juntos, íbamos a ser felices para siempre. Se suponía que nos conocíamos hasta el punto de saber los secretos más inconfesables. Supuse tantas cosas y se fueron al traste en menos de tres segundos. Los miseros segundos que Carlos eligió para decirme que no podía hacerlo.

—Lo he intentado, de verdad. —Agachó la cabeza avergonzado—. Tú sabes que sí, pero...

—Pero no hay suficiente amor entre ambos como para poder superarlos, ¿no? ¿Es eso lo que me ibas a decir?

No fue capaz de responderme, ni siquiera tuvo la decencia de hacerlo antes de ponernos frente al altar. Porque era ahí donde nos encontrábamos, delante de todos los invitados y a punto de darnos el «sí quiero». ¿Se podía ser más cobarde que él? No lo creía, estaba segura de ello.

—Lo siento, Judith.

Sin más, sin darme un minuto para intentar convencerle de que lo que estaba haciendo era el peor error de su vida, porque se iba a arrepentir, se fue.

Por unos largos minutos, estuve mirando al frente, creyendo que iba a volver, que se daría la vuelta y me abrazaría prometiéndome que era una broma. No lo hizo, se fue sin mirar atrás. Y solo cuando reaccioné, corrí tras él, tras el hombre que me hubo prometido hacía años que íbamos a estar juntos para toda la vida.

En cuanto salí de la iglesia, la luz del sol me dio de lleno, obligándome a cerrar los ojos unos instantes hasta acostumbrarme a su brillante luz. Aunque seguí corriendo sin importar nada.

Puse un pie en la carretera sin antes cerciorarme de que no viniese ningún vehículo cuando... Sentí el fuerte golpe en mi cuerpo desplazándome a su vez unos centímetros cayendo al suelo.

Los gritos desgarradores de mi familia se escuchaban tan lejanos que no era capaz de distinguir a quien pertenecía.

—¡Judith!

Capítulo 1

Judith

Tiempo después

Que cansado era levantarse a las seis de la mañana para estudiar. Estaba bastante agotada, pero solo me quedaban tres exámenes y terminaría la carrera de Periodismo. En los momentos de aburrimiento era capaz de entender por qué decidí estudiar eso. Mi cotilla interior siempre andaba leyendo las revistas, pendiente de cada lanzamiento para saber los secretos más jugosos de las *celebrities*. Lo único es que a mis veintiséis años debería haber terminado, pero estuve mucho tiempo incapacitada física y mentalmente como para ponerme a ello. Entre el intento fallido de boda y el accidente, mi vida se estropeó un poco. Cosas que pasan.

Ahora intentaba ponerme al día en todos los sentidos, los tres años en los que ni siquiera quería ver a mis padres y mi hermano, habían sido del todo liberadores. Estuve todo ese tiempo curándome tanto en cuerpo como en alma y, aun así, mi alma seguía destrozada; solo que la coraza que yo misma me había puesto, no dejaba ver la angustia que aún vivía en mi interior y que creía que jamás se iría de mi lado.

Tras terminar el estudio, salí de mi habitación para desayunar algo. En la cocina me encontré a mi amiga y compañera de piso, Fernanda.

—Buenos días, dormilona —dijo en cuanto me puse delante de ella.

—¿Dormilona yo? —Me señalé con un dedo—. Llevo estudiando desde las seis de la mañana. ¿Acaso no ves las preciosas ojeras que ya llevo como maquillaje diario? Yo no sé por qué nos maquillamos, si esto —indiqué poniendo un dedo en mi ojo— queda genial.

Fernanda se acercó a mí y me metió el dedo en el ojo, haciéndome daño por unos pequeños segundos.

—Au, ¿estás loca o qué? Tienes la cabeza perdida del todo, eh.

—Lo siento, pero es que pretendía quitarte el negro luto de tus ojos para cambiarlo por el rojo drogada. Creo que te va mejor.

Intenté no reírme y digo intenté porque la carcajada que se me escapó de entre los labios fue tan fuerte que hasta mis padres me habrían escuchado, y eso que vivían a cinco calles de mi apartamento. No podía negar que Fernanda era capaz de hacerme reír con puras tonterías.

—Así está mejor. Es que me agobias cuando te pones tan dramática —refunfuñó, sirviéndose una taza de café—. Coño, ¿tan difícil es levantarte con una sonrisa?

Me quedé en silencio de golpe, pero solo por no responderle, porque tenía razón. Pero aún me costaba despertar sintiéndome en paz. Aún creía que estar viva, era pura suerte y nada más. Había días en los que prefería estar dormida más tiempo, así como sucedió después del accidente. Era tan relajante, me sentía tan bien. Claro que también ayudaba esa voz, la voz del hombre que me atropelló. No sabía quién era, solo que era joven y guapo; palabras de mi madre. Vino a verme durante más de una semana, hasta que dejó de hacerlo. Estuve en coma tres meses, descansando, y cuando desperté todos los recuerdos me vinieron como una ráfaga de viento, haciéndome más daño que mis propias heridas. Y es que dolía recordar que me habían dejado plantada en el altar, solo por no ser lo suficientemente fuerte como para superar algo que aún hoy era incapaz de hacer.

Era todo demasiado complicado y, Carlos, lo complicó aún más. Solo esperaba que donde quiera que estuviera, porque desde que salió de la iglesia no supimos nada más de él, encontrase esa felicidad que tanto... que ambos ansiábamos.

—Judith, Judith. —Fernanda puso una mano en mi hombro, despertándome de mis pensamientos.

—Eh, dime.

—Te has quedado en Babia. ¿Estás bien?

—Sí, tranquila.

—¿Segura? —insistió algo preocupada. Asentí dándole un bocado a la magdalena casera de su madre.

Dora, la madre de Fernanda, siempre nos traía comida, dulces y todo lo que sabíamos que iba a las caderas. Aunque en eso yo no tenía queja, mis caderas eran bastante pronunciadas y la talla cuarenta y dos a veces me apretaba. Aunque tampoco ayudaba la estatura, mi metro sesenta y uno no era compatible con mi peso. Pero aun así, yo me veía estupenda, nunca tuve complejos en ese sentido.

Sin embargo, Fernanda era alta y delgada; demasiado, a decir verdad. Siempre me metía con ella llamándola jirafa, o esqueleto andante. Lo hacía de cariño, todo hay que decirlo. Pero la adoraba con toda mi alma. Desde que la conocí en el instituto, cuando estábamos en la edad del pavo y teníamos la cara llena de acné, no nos separamos ni para ir al baño. Ella llegó desde Venezuela, algo aterrada por ser la nueva y en un país diferente, pero yo me propuse ser su ángel de la guarda y nos hicimos casi hermanas. Hasta su madre y la mía ya lo eran y pasaban muchas tardes juntas, bebiendo, comiendo y poniéndonos a caldo. Nos criticaban solo por no pasar tiempo con ellas, no podían entender que nosotras éramos personas muy ocupadas entre los estudios, el trabajo y las juergas a las que Fernanda me obligaba a ir.

Sobre las once de la mañana salí de mi apartamento junto con Fer. Ella se dirigió a su trabajo, era cocinera en uno de los restaurantes más conocido de Madrid; y yo me dirigí a la universidad para hacer el dichoso examen que no llevaba preparado, aunque me hubiese levantado a las seis. Era un desastre.

Al llegar a la universidad, me senté en la última fila y dejé el tiempo pasar mientras me comía la cabeza buscando las respuestas correctas del examen. Las manos me sudaban tanto que el lápiz se me cayó al suelo dos veces. El profesor ya me miraba mal y con eso me demostraba que si por él fuera, estaba suspendida.

—Joder —musité, tan bajito que solo yo debía escucharlo.

Aunque siempre estaba el típico que estaba pendiente a todo y el siseo tenía que dármele. Miré a mi derecha y dos sillas más alejadas de mí, estaba el susodicho que me calló.

Lo miré con el ceño fruncido en cuanto se puso un dedo en los labios, insistiéndome.

—Cállate tú, pesado —respondí supuestamente bajito, supuestamente, porque el profesor se acercó a mí y me quitó el examen de entre las manos.

—Creo que has terminado, ¿verdad? —aseguró, mirándome con una ceja alzada.

Tragué saliva hecha un manojo de nervios. Nunca en mi vida me había pasado esto. Negué, aferrándome al folio del examen, casi tirando de la hoja porque él también lo hacía.

—Suelte el examen, Srta. Robles.

—No es justo, él ha sido el culpable —me quejé como si fuese una niña pequeña.

—No mienta, llevo observándola un buen rato y el Sr. Castillo no ha hecho más que intentar callarla.

Rodé los ojos ofuscada y me levanté para después empezar a recoger mis pertenencias.

Me di cuenta de que el estúpido con apellido estúpido no dejaba de mirarme con una sonrisa llena de suficiencia que le hubiera quitado de un puñetazo. El profesor Navarro tampoco dejaba de mirarme y ambos me tenían hasta el mismo... Me di la vuelta tras terminar de recoger y me dirigí hacia la puerta para marcharme; porque, si no me iba a dejar de terminar el examen, ¿para qué quedarme en el aula?

—Espere, Srta. Robles. Mañana la quiero aquí a las nueve de la mañana. Tendremos una tutoría —exigió el muy...

«Mejor, mejor dejo de pensar y me largo».

Asentí con una sonrisa fingida y salí de allí y, por consiguiente, de la universidad.

El haber salido más temprano me dejaba tiempo para aburrirme, así que me subí a mi coche y conduje hasta la casa de mis padres para verles. Hacía ya una semana que no los veía, pero es que con los exámenes estaba demasiado estresada como para lidiar con ellos por más de media hora. No era que no los aguantara, pero mis padres se pasaban el día quejándose por todo y eran agotadores.

Cuando llegué, aparqué en el aparcamiento de mis padres y me encaminé al ascensor para después marcar el número tres. Ya frente la puerta, toqué un par de veces y me abrió la puerta mi madre.

—Hombre, pero si tengo una hija —se quejó, obligándome a desear irme sin llegar a pisar la casa.

—Mamá, no empieces, por favor —pedí en tono conciliador.

—Es que no me negarás que parece que solo tengo a Jesús.

Me dejó pasar tras darle un beso en la mejilla y fui hasta el salón para sentarme en el sillón de mi padre. Como no estaba, cosa rara, aproveché porque el sillón era tan cómodo que hasta sería capaz de echarme una buena siesta.

—¿Dónde está papá? —me interesé viendo como recogía la ropa que tenía sobre el sofá.

—Ya sabes, a esta hora está con los amigos tomándose una cerveza en el bar de la esquina. A no, cómo lo vas a saber si no vienes a vernos —volvió a quejarse y yo puse los ojos en blanco.

—Hace bien —respondí sin ser consciente de lo que mi respuesta iba a provocar en mi madre, además de evitar su chascarrillo.

Que, de llegar a saber que se pondría así, me hubiese callado. El problema estaba en que yo era igual que mi padre, no era capaz de cerrar la boca cuando había que hacerlo. Era un defecto que teníamos ambos, según mi madre.

—¡Eso, él puede irse por ahí y yo aquí metida todo el día! —vociferó como una energúmena.

—No he dicho eso, mamá.

—¿Ah, no? ¿Entonces que has dicho, Judith? —preguntó teniendo lógicamente la respuesta.

—¿Es una pregunta trampa?

—No te suelto una colleja porque no serviría de nada.

En ese momento, la puerta se abrió y mi hermano Jesús entró para después venir a mi rescate en cuanto vio a mi madre algo alteradilla.

—Se oyen los gritos desde el primer piso. ¿Qué le has hecho ya a mamá, loquita?

Abrí los ojos sorprendida; demasiado, a decir verdad. Y eso que yo pensaba que venía a rescatarme de las garras de mi madre. Me indigné y me levanté del sillón para marcharme. Una visita de varios minutos era más que suficiente para tirarme otra semana sin venir.

Cogí mi bolso y mi hermano me enganchó del brazo para evitar mi huida como si fuera una cobarde.

—¿Qué quieres? Deja que me vaya. Para un día que vengo a verla y mira cómo se pone. Ya no vengo más —afirmé seria.

—Venga, Judith. Tampoco hagas eso. Al menos vendrás a verme a mí. —Sonrió—. Solo tienes que subir un piso y no tienes que verla a ella.

—¿Sois conscientes de que estoy escuchando todas las *babosadas* que estáis soltando por la boca? —intervino, hablando con acento venezolano.

—Ala, ya nos va a hablar como Dora. —Me reí.

Mi hermano me pegó un codazo en la cintura y ambos la miramos. Mi madre estaba mirándonos con cara de pocos amigos, con los brazos en jarras y a punto de decirnos todo lo que su mente era capaz de pensar. Pero antes de que nos dijera algo, mi hermano y yo soltamos una carcajada a la vez que salíamos corriendo antes de que a mi madre le diese tiempo a reaccionar.

Corrimos escaleras arriba y nos encerramos en su casa, porque encima era vecino de mi madre. Él sí que se lo había montado bien. Tenía su intimidad pero con la ventaja de que no cocinaba, y mucho menos se lavaba la ropa, porque se lo hacía mi madre.

—No le doy ni quince minutos; ya mismo la tendremos aquí gritándonos —mencionó Jesús a la vez que nos sentábamos en el sofá rosa chicle.

Yo seguía riéndome, hacía mucho que no reía tanto, y todo gracias a que mi hermano era capaz de hacer que me olvidara por un rato de mis problemas para centrarme en lo que él, y solo él, con su sola presencia, me daba.

A veces me sentía afortunada por tenerle, porque sin él y Fernanda, no sabría dónde estaría en este momento. Mi mundo cambió tanto que ya no era capaz de soñar con un futuro. Ahora solo vivía, sin más.

Capítulo 2

Judith

Dejé que mi hermano me hiciera esos arrumacos que tanto me gustaban para sanarme un poquito más. A veces me pasaba tanto tiempo alejada de él, que me costaba creer que pudiera ser tan bueno conmigo. Lo tenía abandonado.

—¿Cómo estás? —se preocupó en cuanto notó mi cuerpo en tensión.

Siempre me pasaba y lo peor es que era algo que no podía controlar; me costaba tanto relajarme, dejar de pensar, poner la mente en blanco. Me costaba horrores poder disfrutar de un abrazo, de una caricia y, aunque mi hermano era capaz de conseguirlo por unos minutos, luego volvía a tensarme y a perder el control de mí misma.

Él y solo él fue capaz de relajar cada musculo de mi cuerpo, solo con escuchar su voz lo consiguió. Lo mejor de todo, era el recuerdo de esa voz. ¿Sería capaz de reconocerla sin haberle visto jamás? Lo peor... era que no había vuelto a saber de él y mucho menos a escucharle. ¿Quién era? ¿Volvería a escucharle? Desde aquél día, lo escuchaba en sueños.

—Eh, te has quedado pensativa. —Me dio un codazo para hacerme reaccionar.

—Lo siento —me disculpé fingiendo una sonrisa.

—Conmigo no tienes que fingir que estás bien, te conozco demasiado bien, Judi. No quiero que dejes de reír, así como has hecho hace unos minutos, aunque sea de mamá.

Pasé mis manos por su cabello y lo revolví, como hacía cuando éramos niños. Mi hermano y yo solo nos llevábamos dos años, yo era mayor que él y, aunque siempre ha parecido ser más maduro que yo, debajo de esa fachada de hombre que sabía lo que quería, se escondía una persona completamente llena de miedos por no ser aceptado por su condición sexual. Tenía constancia de que las cosas le iban bien en el trabajo, era el recepcionista de un hotel muy importante. ¿El único inconveniente? No podía decir que era gay y mucho menos demostrarlo con su pluma: palabras muy duras de su jefa. Yo odiaba a esa mujer y más por ser una homófoba a la que solo le importaba el dinero y la posición, como si el estar en lo alto de la balanza le asegurara la inmortalidad.

—Estoy bien —respondí, no dejaba de mirarme—, de verdad. No tienes que preocuparte por mí. Mejor dime que tal te va a ti en el trabajo, ¿ya se murió tu jefa? —ironicé ganándome un pescozón.

—Cualquier día te dará un susto y te diré que sí, que se ha muerto, a ver si así se te quita eso de desearle la muerte a las personas.

Sabía que lo decía en broma y por eso justamente se reía de este modo de mí.

—Ya sabes que no cabe odio dentro de mí, hacia nadie —esto último lo dije bajito, como si solo yo quisiera escucharlo.

Mi hermano volvió a estrecharme entre sus brazos y esta vez me obligué a relajar mi cuerpo y dejar de lado todo lo malo que viajaba por mi mente hasta instalarse en mis recuerdos, sin poder echarlos de ahí por mucho que lo intentara, que luchara por conseguirlo.

Pasé dos horas con él, poniéndonos al día con todo lo que se suponía no nos contábamos, aunque siempre le contaba lo mismo; mi vida no era tan espléndida como para ir contado cada día

algo diferente. Bueno, ese día si había sido diferente, me habían echado del examen por culpa de un estúpido. Creo que quitando eso, no había nada más.

Me despedí de él prometiéndole que volvería, asegurándole que nos veríamos más seguido. Sabía que no sería así, pero aun así él necesitaba que se lo prometiera.

Me subí en el coche y me di cuenta de que eran casi las dos de la tarde. Podía volver a mi casa o ir a molestar a Fernanda en el trabajo, con suerte estaría en su descanso y podríamos almorzar juntas. Su trabajo estaba un poco lejos, casi a las afueras de Madrid, y es que era el primer restaurante que fundó la familia Castillo, un lugar mágico al que muchas familias iban a pasar el día porque no era solo un restaurante. Estaba en medio de un campo natural; los árboles decoraban todo el lugar, dándole la sombra al restaurante con terraza, que contaba con más de cien mesas. Además, había un precioso lago a un lateral, uno que te envolvía con el sonido del agua al bajar. A veces me gustaba pasear por allí, incluso los días que Fernanda no trabajaba, solo aparcaba lejos y caminaba por ese campo. A veces, era lo que me relajaba.

Tiempo después llegué y dejé aparcado el coche donde siempre para después caminar entre los árboles, escuchando el sonido de los pájaros y el agua. Ya me estaba acercando. Cuando estuve en la esquina del restaurante, me di cuenta de que había demasiadas personas para ser un día entre semana, las otras veces en las que había venido, no solía haber tantas. Me encaminé hacia allí despacio, buscando la manera de entrar por la puerta trasera que daba a la cocina. Iba despacio, mirando al frente, con la cabeza gacha hasta que...

—Lo siento. —Esa voz.

Tropecé con alguien y caí hacia atrás, aunque antes de tocar el suelo, unos fuertes brazos me sostenían. Miré arriba para encontrarme con unos ojos oscuros que me dejaron sin habla, sin aliento y en completo trance. Pero no solo fue por eso, sino por su voz, esa voz que recordaba y que, era la primera vez que escuchaba tan claramente después de tres años.

Entonces se escucharon murmullos y el sonido de las cámaras haciendo fotos. Me percaté de la cantidad de periodistas que estaban frente a nosotros captando toda la escena.

—Eh, yo... Yo, lo siento. —Me incorporé soltándome de su agarre, ese que me hizo estremecer en cuestión de segundos.

¿Quién era él y por qué me miraba así? No podía dejar de mirarle y una sonrisa se dibujó en su rostro, marcando unos hoyuelos que me hicieron recaer a un vacío del que pensaba no podría salir.

—No pasa nada. ¿Estás bien? —preguntó sin dejar de sonreír.

—Sí, sí. Ya me voy, discúlpame.

Me giré para volver por donde había venido y sentí como me cogía del brazo. No quería mirarle, y mucho menos después de ver que seguían haciéndonos fotos. ¿Por qué no me dejaba ir? Volví a mirarle, sí que lo hice, y es que parecía tener un maldito imán en la voz que me hacía perder la cabeza y la voluntad, quedándose la él para hacer todo lo que me pidiera.

—¿Te conozco? —Negué, no lo sabía.

—No lo creo. Yo... Bueno, yo no...

—Tranquila, que no te intimiden. Dejad de hacer fotos, por favor —pidió en tono conciliador.

Los periodistas se alejaron un momento para dejarnos solos y hablar con mayor tranquilidad, aunque no estaba para nada tranquila, no podía estarlo, y lo único que necesitaba era escapar de él y de todo eso de una vez. Quería, necesitaba volver a recobrar la cordura que parecía estar escapándose de mí.

—Gracias, pero yo ya me iba. No quiero molestarle.

—No me hables de usted, seguro que tenemos una edad similar —aseguró sonriendo de lado, aunque en realidad creo que no dejó de hacerlo en ningún momento—. ¿Venías a comer? —Negué—. ¿A pedir trabajo? —Volví a negar—. Entonces, ¿qué te trae por este lugar?

Y cuando iba a responder, la voz de otro hombre se escuchó detrás de mí; parecía llamar al que tenía delante.

—Héctor, hermano. ¿Cuándo has llegado? —Se abrazaron, lo que hizo que se olvidara de mí unos segundos.

Pero claro, no todo tenía que salir bien. Siempre me topaba con una piedrecita de esas que no dejabas de patear para alejarla de ti y que al caminar te la volvías a encontrar; así era el tipo que tenía en frente al darse la vuelta, el mismo que vi en el examen, el estúpido que me hizo perder la mañana por su estupidez. Cuando se percató de quien era yo, volvió a sonreírme como por la mañana, jodiéndome mucho porque tenía una sonrisa perfecta, al igual que su hermano Héctor, al cual ya pude ponerle nombre.

—Tú —musité.

—¿Os conocéis? —se interesó Héctor.

—Vaya, mira que pequeño es el mundo —ironizó—. Sí, es la Srta. Robles, una compañera de la universidad, aunque hoy ha sido la primera vez que la he visto. ¿Qué haces tú aquí, pequeña Robles?

En cuanto escuché cómo me había llamado, me enfurecí. ¿Pequeña Robles? ¿Qué coño? Ese tipo no sabía con quién estaba jugando y me iba a conocer.

«Pequeña Robles. Te voy a dar *pequeña*».

—Sí que es pequeño el mundo, capullo. ¿Quién te crees que eres para burlarte de mí? ¿Sabes que me hiciste perder un examen muy importante esta mañana? No tienes ni idea de lo que ha sido para mí volver a la universidad, estúpido —no dejaba de hablar y sabía que si no paraba iba a decir más de lo que podía delante de tanta gente.

Yo no era de esas mujeres que soltaban burradas a cualquier tipo que se les ponía por delante, claro que no. Pero este tipo en particular me había sacado de mis casillas y no podía dejar que hiciera conmigo lo mismo que, seguramente, hacía con otras chicas. Era el típico chulo que se las llevaba con la labia y que caían en sus brazos solo con esa sonrisa, una que era rematadamente seductora... Bueno, eso creo que lo había dicho ya y era verdad, aunque no era tan perfecta como la de su hermano Héctor.

—Para el carro, bonita. ¿Quién eres tú y que haces en el restaurante de mi familia? ¿Acaso eres una acosadora que quiere sacarme el dinero? Si es así déjame decirte que...

No lo dejé terminar y le pegué un guantazo que le dobló toda la cara.

—Nadie, óyeme bien, nadie me humilla. No te creas que porque tengas dinero voy a dejar que me trates como a una mierda. No me conoces de nada y no quiero que lo hagas.

Héctor me cogió de la mano y tiró de mí para alejarme de su hermano, pues este se estaba poniendo de todos los colores y estaba seguro de que armaría un escándalo al que no estaban acostumbrados. Solo me pasaba a mí, eso de cruzarme con los hijos del Sr. Castillo. ¿Se podía tener más suerte? No, claro que no.

Me llevó cerca del lago, donde nadie nos iba a interrumpir y mucho menos a vigilar. Los periodistas se quedaron hablando con el otro estúpido Castillo y yo tenía frente a mí a uno que se

creía con la suficiente confianza como para llevarme a otro sitio sin que le rechistara. Irónicamente hablando.

Estábamos en silencio y no dejaba de mirar al lago, ¿qué más podría hacer? No quería mirarle a él, no cuando me desconcertaba tanto.

—Disculpa a mi hermano, a veces es un poco...

—Gilipollas. Sí, ya me di cuenta. —Me regaló una sonrisa, provocando que en mis labios se dibujase otra igual de sincera—. Lo siento, no suelo golpear a la gente así, pero es que tu hermano ha podido conmigo. —Se encogió de hombros.

—¿Por qué has dicho eso de la universidad? ¿Acaso no pudiste terminarla a tiempo?

Su pregunta me pilló por sorpresa, no me la esperaba y no sabía que responder puesto que no lo conocía de nada, ni siquiera de las revistas. Solo su apellido, y porque Fernanda trabajaba allí como cocinera.

Me instó a sentarnos en uno de los bancos que rodeaba el restaurante, uno cerquita de ese lago y volvió a insistirme en la pregunta. De verdad que no quería responderle, la confianza era algo que se ganaba con el tiempo pero, aunque yo quería negarme, no podía. Por mucho que quisiera, él hacía que me relajara de tal manera que podría abrirme en canal para que viese todos mis miedos y recuerdos. ¿Quién en su sano juicio sería capaz de confesarle a un desconocido todo lo que rondaba por su cabeza? ¿Quién en su sano juicio iría a un pequeño bosque con alguien que no conocía de nada? Yo, solo yo sería capaz de hacerlo; y es que a veces, no necesitas a nadie más que alguien que, con solo su voz, haga que te sientas protegida.

Capítulo 3

Héctor

Años antes

Otra noche que Alberto no me dejaba llegar temprano a mi apartamento. Siempre me hacía creer que nos tomaríamos una copa y nada más y al final nos daban más de las cuatro de la mañana. Sí, nadie me ponía un puñal en el pecho para salir de fiesta y realmente me lo terminaba pasando muy bien. Pero cuando me tocaba despertarme a las siete de la mañana como hoy, me jodía y me acordaba hasta de los muertos que no conocía.

Caminé arrastrando los pies hasta la ducha con el fin de despejar mi mente de una vez, si es que era posible con la cantidad desorbitada de alcohol que ingerimos anoche, no sé cómo no me daba un coma etílico.

Mientras me secaba, escuché mi móvil y salí del baño rápidamente, no solía recibir llamadas tan temprano. Miré la pantalla y me asusté en cuanto vi que era mi madre, lo descolgué en seguida.

—¿Mamá, qué pasa?

—*Héctor hijo, tienes que venir a Madrid..., tu padre...*

—¿Qué pasa con papá?

Sin darme cuenta comencé a dar vueltas por la habitación, de un lado al otro como si con eso pudiera relajarme.

—*Papá acaba de morir.*

Sentí como si un cubo de agua helada cayera sobre mi cuerpo, entumeciéndolo por el frío. No podía estar pasando eso, no cuando mi padre siempre había gozado de buena salud. ¿Qué habría pasado?

Colgué sin decirle nada más y me vestí lo más rápido que pude a la vez que iba metiendo en una maleta lo primero que pillaba. Debía volver a mi hogar y estar con mi familia en esos momentos tan difíciles. Debía dejar atrás mi vida en Francia para asegurar que la de mi familia volvía a ser la misma.

Salí de mi apartamento media hora después, cogí un taxi y mientras iba hasta el aeropuerto, le mandé un mensaje a Alberto para que supiera que me iba y que no sabía cuándo volvería. Ya le mandaré un email a mi jefe para pedirle una excedencia, solo esperaba no perder el trabajo que tanto me había costado conseguir.

Me subí al avión con el corazón a mil, estaba en un estado deplorable y no podía dejar de pensar en mi madre y mi hermano, seguramente estarían solos en este momento.

El tiempo pasaba despacio y yo solo rezaba para que el avión aterrizara de una maldita vez. Solo necesitaba abrazarles y hacerles ver que no me alejaría por un tiempo, que me tenían a su lado.

En el mensaje también le pedí a Alberto que se encargara de alquilarme un coche en Madrid y, en cuanto salí del aeropuerto, me dirigí a recogerlo. Cuando firmé el contrato de alquiler, me subí y me metí de lleno en la autopista para ir hasta mi casa, donde mi madre seguramente aún estaría, puesto que estaba seguro de que velarían a mi padre en casa, como era costumbre en mi familia.

Mientras conducía por Madrid, recibí la llamada de mi hermano, estaba completamente

destrozado y esperándome en la puerta de casa para primero ayudarme a subir a la habitación sin tener que ver a las personas que comenzaban a llegar.

—Estoy a quince minutos —aseguré.

—*Está bien, te espero.*

Colgué, agachando un poco la mirada. Solo perdí de vista la carretera unos segundos, y sentí el golpe y los gritos desgarradores de mucha gente. Paré el coche lleno de miedo y desesperación y me bajé para ver qué había pasado. Caminé hasta ella, una mujer vestida de novia, un vestido manchado de sangre, y yo había sido el causante de esa sangre.

Me agaché y la cogí en brazos. Aunque decían que no era bueno mover a las personas cuando tenían un accidente, yo lo hice; pero es que no podía dejarla tirada.

—Hija, por dios.

Una señora de la edad de mi madre, más o menos, corrió hacia nosotros y me miró con odio en cuanto se percató de mi presencia.

—¡Tú! Tú atropellaste a mi hija. ¿Estás loco?

No podía dejar que, por discutir, ella muriera en mis brazos. Así que importándome muy poco las palabras de algunas personas, la metí en mi coche y le pedí a un familiar que subiera con ella para llevarla al hospital; era lo que debía hacer después de haber sido yo el culpable.

—Disculpa a mi mujer, se ha puesto muy nerviosa —dijo el que parecía ser su padre.

—Yo lo siento mucho, no la vi y ahora no sé qué voy a hacer si a ella le pasa algo. Debería tener más cuidado. —Le di un golpe seco al volante.

—Tranquilo, no todo el mundo se para y hace lo que tú estás haciendo. Gracias.

No dejé de mirar atrás, comprobando cualquier cambio en ella, pero nada, no respondía. Cuando llegamos al hospital, los enfermeros salieron a toda prisa y se la llevaron de igual manera, dejándonos a nosotros como locos, fuera de la sala de urgencias para que no molestáramos. Mientras tanto, mi móvil sonó al menos cinco veces y por un momento perdí el rumbo de mi vida. Me dirigía a casa tras la muerte de mi padre y acababa de atropellar a alguien.

—*¿Dónde cojones estás? Hace más de una hora que me dijiste que estabas a quince minutos, Héctor.*

—Lo siento, ha pasado algo. Cuando iba a casa atropellé a una mujer y estoy en el hospital, no podía dejarla así sin más —le expliqué.

—*Joder. ¿Tú estás bien?*

—Sí, sí. Un poco nervioso, pero bien. Estoy esperando noticias, no me puedo ir sin saber que al menos está viva. Dile a mamá que me perdone y que llegaré pronto. Que me haya pasado esto justo el día que nuestro padre... —Sollocé—. Hoy es el peor día de mi vida.

Minutos después colgué y me giré encontrándome con la mirada perdida de la madre de la chica, esa misma mujer que me gritó en la puerta de la iglesia y que ahora me miraba de otro modo.

—Siento lo de tu padre. Deberías ir con tu madre, ya has hecho bastante por nosotros —me pidió.

—No, no. No me pienso ir de aquí sin saber que ha pasado con ella. —Ella negó y una pequeña sonrisa, una muy triste, se dibujó en sus labios.

—No tienes por qué, de verdad. Ve con tu familia, te necesitan en este momento.

—Está bien, pero volveré en cuanto pase todo. De nuevo, lo siento.

La señora me dio un beso en la mejilla y me encaminé a la salida para después subirme al coche y regresar a casa.

El camino hasta mi casa, donde me esperaba mi madre y hermano, fue largo, muy largo y yo no podía dejar de pensar en ella. ¿Por qué saldría así de la iglesia? ¿Acaso huía del novio? No era mi problema, no ese al menos. Era solo pensarlo y me dolía mucho más el haberla atropellado, porque estaba seguro de que no estaba siendo el mejor día de su vida, aunque debería serlo.

En cuanto llegué, mi hermano corrió hasta mí y me abrazó con fuerza. Sus sollozos se hicieron míos y ambos nos derrumbamos en la puerta del que fue nuestro hogar. No podíamos creer que nuestro padre ya no estuviera más con nosotros, lo íbamos a extrañar demasiado.

—Tranquilo, hermano. Todo pasará —murmuré cuando me relajé un poco.

Él se separó de mí para dejarme pasar a la casa y así ir en busca de mi madre que también me necesitaba.

Entramos y me dirigí hacia el salón donde mi madre estaba sentada al lado de mi tía Eloísa, que intentaba que estuviese bien. Ella era la hermana de mi padre y estaba seguro de que no pasaba por su mejor momento, pero al menos procuraba estar tranquila.

Cuando mi madre se percató de mi presencia, se levantó del sofá para correr hacia mí y encondarse entre mis brazos. Mi hermano se dirigió al ataúd y lo tocó con delicadeza, como si tuviese miedo a romperlo. Era de locos.

—No me puedo creer que ya no esté, hijo. Se nos fue..., se nos fue —repitió entre sollozos.

—Tranquila, mamá, por favor. —Besé su cabeza.

El tiempo pasó lento, muy lento y yo, además de no poder separarme de mi familia y mucho menos dejar de mirar el ataúd, tampoco podía olvidarme de que una chica me esperaba en el hospital. Bueno, no me esperaba... Solo, necesitaba saber que estaba bien, que no había muerto también hoy, eso me terminaría por destrozar.

Sobre las cinco de la madrugada, algunas personas se fueron marchando, ya que por la mañana sería el entierro y debían descansar. Yo también obligué a mi madre a dormir un poco y solo duró en su habitación media hora, el simple hecho de no tener a su marido a su lado, era lo más doloroso que había vivido jamás. Y no la culpaba, yo mismo me sentía hecho una mierda. Al fin y al cabo, habíamos perdido una parte fundamental en nuestra familia, el jefe de todo, el hombre que nos dio tanto amor durante sus sesenta años. Lo íbamos a extrañar demasiado.

—¿Por qué no duermes un poco? Debes estar cansado —me propuso mi hermano, al verme cabecear. Asentí.

—La verdad es que necesito dormir al menos una hora; si no, no creo ser persona en el entierro. Aún nos queda la peor parte de todo esto. —Mi hermano agachó la cabeza, tampoco lo estaba pasado nada bien.

Le hice caso y me fui a mi antigua habitación, la misma que mi madre no fue capaz de cambiar ni un detalle con la esperanza de tenerme de nuevo en casa. Y allí estaba de nuevo, tras haberme tirado un tiempo bastante largo lejos de ellos.

Caminé hasta la cama y me recosté sin cambiarme de ropa. Necesitaba una ducha, pero si lo hacía ahora, no iba a poder dormir y preferí acostarme así.

Mientras intentaba quedarme dormido, entró en mi mente la novia, ¿cómo estaría? Tenía que ir a verla, después de lo de mi padre, debía ir a saber cómo estaba. Me sentía obligado pues había sido el culpable de todo y sentía que debía.

Tras varias vueltas, me quedé atontado. Sin embargo, cada paso que escuchaba al otro lado de la puerta hacía que abriera los ojos. Estaba claro que no iba a poder dormir hasta que todo acabara.

Aburrido de intentar conciliar el sueño, me levanté y me fui directo al baño para darme una ducha rápida. Mi hermano se encargó de subir a mi habitación la maleta. Cogí la ropa y me vestí en cuanto acabé. Salí del baño y busqué mi móvil entre la ropa, estaba sonando. No me dio tiempo a responder, pero sabía exactamente quién era y no estaba ahora para hablar con mi jefe, ya lo llamaría más tarde o mañana.

Me dirigí a la cocina para tomarme un café bien cargado para aguantar el día que nos esperaba, ya eran las nueve de la mañana y a las once teníamos que ir al cementerio. Me encontré a mi tía sirviéndose también una taza y me senté a esperar que terminase.

—Buenos días, ¿has descansado algo? —Negué agachando la cabeza mientras se me escapaba un suspiro largo y doloroso.

—¿Y mi madre?

—Está en su habitación. Hugo le dijo que debía descansar al menos un rato y le di una pastilla para que pudiera dormir. Está desolada.

—Lo sé, sé que va a ser muy duro para ella ahora que no está. —Se me escapó una lágrima y no sabía cuánto tiempo más iba a poder reprimirlas.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? Yo sé que tienes tu vida y tu trabajo en Francia, pero sería bueno que te quedaras un tiempo con ellos. Ahora eres el responsable de todo, Héctor, eres el mayor y...

—Creo que eso podemos hablarlo en otro momento, pero tranquila, no voy a abandonar a mi familia en este momento. Soy consciente del peso que cae sobre mis hombros y lo que debo hacer.

Me levanté ofuscado por el tema de conversación. No era el momento y mucho menos el lugar. Si mi madre hubiese pasado por nuestro lado no se habría tomado muy bien que, estando mi padre en su lecho de muerte, nosotros estuviéramos hablando de negocios. A veces mi tía no tenía demasiado tacto, pero claro, para ella era más importante las empresas, el trabajo y el dinero que podíamos perder si yo no sacaba los restaurantes adelante.

No quería pensar en ello, no quería agobiarme tan pronto, y estaba seguro de que en cuanto estuviéramos solos, en cuanto pasara todo, los abogados me buscarían para que yo, siendo el primogénito, empezara con mi trabajo, el mismo que hacía él. Llegado el momento, ya sabría que hacer... o eso esperaba.

Capítulo 4

Héctor

Llegó la hora de la despedida, la hora en la que mi padre se fuera para siempre. Mis lágrimas ya no aguantaron más y se desbordaron.

Hugo intentaba coger a mi madre, separarla del ataúd, sin darse cuenta de que la separaba del amor de su vida. ¿Por qué la vida tenía que ser tan mierda? ¿Por qué siempre se iban los buenos, habiendo tanto hijo de puta en la calle? Ladrones, asesinos, violadores... Pero no, siempre se iban las buenas personas.

Tras el entierro, mi madre, Hugo y yo, nos metimos en mi coche, el que aún no había devuelto a la empresa de alquiler, y volvimos a la casa. Sentía el silencio en cada rincón, no es que antes hubiese gritos, pero se respiraba otro ambiente.

—Mamá, necesitas descansar —le dije y besé su cabeza.

Caminó hacia el salón y se sentó en el sofá, con la vista perdida al frente. Hugo se sentó a su lado y ella escondió la cabeza en su pecho llorando, aunque creo que no había dejado de hacerlo en ningún momento.

Caminé hasta ellos y me senté al otro lado para abrazarla también, para que supiera que no estaría sola, que nos tenía a los dos. Ahora éramos tres y debíamos estar unidos.

Eran las siete de la tarde y ya no aguantaba más tiempo sin saber nada de ella. Le expliqué a mi hermano que debía ir a saber cómo estaba y se quedó al pendiente de nuestra madre que, gracias a Dios, consiguió quedarse dormida después de muchas peleas con ella.

Media hora después, entraba en el hospital y fui directo a la sala de espera con el fin de encontrar a alguien, aunque sabía que iba a ser una tarea difícil, pues no sabía el nombre de ella... Bueno, sí que lo sabía, se llamaba Judith, su madre lo gritó en cuanto la vio caer a la carretera, pero nada más.

Busqué por los pasillos unos minutos sin éxito alguno, en la sala de espera no había nadie, y me iba a tocar ir al mostrador y pedirle ayuda a la recepcionista, aunque solo sabiendo el nombre de la paciente iba a ser complicado.

—Buenas tardes, me preguntaba si podría ayudarme —le dije cordialmente.

—Claro, dígame —respondió con una sonrisa amigable.

Al menos no era borde.

—Estoy buscando a una paciente, entró ayer y seguramente la subieron a planta. Fue atropellada, se llama Judith.

—¿No tiene ningún dato más? —Negué y agachó la cabeza—. Espere.

La vi coger el teléfono y llamar a alguien. Quise poner el oído para entender que decía, pero hablaba muy bajito y no pude escuchar nada.

Me giré nervioso, mirando hacia la puerta, al pasillo y a todas las personas que pasaban por mi lado, esperando tener suerte y encontrarme con alguno de sus padres.

—Sí, oiga —me llamó—. La paciente se encuentra en la habitación trescientos veinte.

—Gracias —dije al tiempo que emprendía la carrera.

Corrí por los pasillos hasta que encontré el ascensor que justamente se abría, dejé pasar a las personas que salían de él y me subí para después darle a la planta tres. Me sentía nervioso, ansioso, extraño... Solo quería saber que estaba bien, que al menos había abierto los ojos y tenía conciencia. No iba a poder cargar con algo así después de la muerte de mi padre. Además, suponía que salir corriendo de la iglesia y vestida de novia no era algo que ella hubiese querido, y encima iba yo y la atropellaba.

Cuando llegué a la tercera planta, salí y me dispuse a buscar la habitación. Cada paso que daba hacía que me sintiera más nervioso, algo inexplicable dado que no la conocía de nada; la culpabilidad me llenaba. Una vez vi el número trescientos veinte, paré y cogí aire un par de veces antes de abrir la puerta. Por suerte, antes de hacerlo, su madre la abrió por mí y al comprobar quien era, sonrió complacida. Supuse que no se esperaba que volviera.

—Hola, chico. ¿Has tenido problemas para encontrarnos? —Asentí sin poder hablar.

—¿Cómo está? —Unos segundos duró su sonrisa, para cambiarlo por un gesto preocupado y sombrío.

—Aún no sabemos las secuelas que puede tener, no ha despertado.

Me sorprendí al escuchar eso, pensé que después de llegar aquí despertaría. No esperaba que saliera corriendo al siguiente día, pero tampoco que estuviera así.

—Lo lamento mucho, de verdad. No sé cómo compensaros por esto.

Fui completamente sincero, de verdad me sentía muy culpable aunque ella también tuviese parte de culpa al cruzar sin mirar. Pero eso no me eximía a mí.

Ella puso su mano en mi hombro, mostrándome una vez más lo buena persona que era al no sentir odio hacia mí. Después de todo, estaba allí, interesándose por ella el mismo día que había enterrado a mi padre.

—¿Tú cómo estás? No tienes que estar pasando tampoco un buen momento y aquí estás, preocupado por mi hija.

—He tenido mejores momentos, pero no pasa nada..., la vida sigue y ahora lo importante es que su hija despierte —respondí, intentando olvidar por unos minutos que mi padre ya no volvería —. ¿Puedo pasar a verla? —Asintió dándome paso.

Entré temeroso, no recordaba muy bien su rostro, tampoco me dio mucho tiempo a verla, fue todo muy rápido. Me acerqué a su cama y me dolió mucho verla así. Parecía joven, demasiado, a decir verdad. Su rostro estaba lleno de moratones y cortes, por el roce de la piel con el asfalto y tenía la boca entubada. Era muy impactante y me sentí mucho peor. Miré a su madre pidiéndole permiso para sentarme en la silla que había justo al lado de la cama y ella asintió para después, dar media vuelta y salir de allí dejándome solo con su hija.

Por un momento me quedé callado, observándola, mirando cada corte, y me fijé en un lunar que tenía sobre la ceja. Su piel, a diferencia del color morado que ahora la coloreaba, era clara y tenía el cabello negro. Me habría gustado conocerla en otras circunstancias. Sin embargo, el destino era muy caprichoso y allí estaba, delante de alguien que no sabía si volvería a ver y si saldría de allí por sí misma. Me entró el miedo en el cuerpo, miedo a que no pudiese rehacer su vida, que no pudiera cumplir sus sueños y deseos. No era justo.

—¿Sabes? Es irónico que tenga ganas de conocerte siendo yo el causante de tu estado —le dije, como si me escuchara—. No es por nada, pero siento apego hacia ti y no puedo explicar el porqué.

Seguí hablándole, contándole un poco de mi vida y el motivo por el que no me había quedado ayer. No esperaba respuesta y mucho menos apretón de mano cuando le agarré la suya. Tenía que reconocer que me gustó; acariciar sus nudillos como si la conociera de toda la vida y fuese alguien importante en mi vida.

Tras esa visita, vinieron otras más y así, día tras día, iba a visitarla con la esperanza de que en cualquier momento, sus ojos se abrieran y pudiera escuchar su voz.

Durante una semana pude visitarla dando igual el horario, pero, en cuanto los abogados reclamaron mi presencia en una de las reuniones de la empresa, no tuve más tiempo para verla. Tras unos meses volví al hospital y ya no estaba, le habían dado el alta, siendo imposible encontrarla o darme algún dato. Llegó la nada.

Me sumergí en el trabajo, siendo consciente de que ya no iba a volver a mi vida, esa que tenía antes de que mi padre nos dejara; ya nada iba a ser igual y todo lo que tenía lo perdí en cuanto firmé los papeles haciéndome cargo de todo, dado que mi hermano aún estaba estudiando. Hugo solo era menor que yo por tres años, pero, eso de tomarse la vida con tranquilidad y estudiar solo a ratos, no era compatible con la vida que yo tenía o que debía tener.

El tiempo comenzó a pasar, me reencontré con personas de mi pasado, de la universidad. Mi exnovia fue una de las personas que se puso delante de mí un día que creí que no vería a nadie más. Era el cumpleaños de mi padre, un día tan importante y él no estaba para celebrarlo como acostumbrábamos. Me fui a un bar a beber, a olvidarme de todo, acompañado de mi hermano. Le dije claramente que no quería ver a nadie, que no estaba de ánimos para fiestas, pero se lo pasó por el forro e invitó a algunos antiguos amigos, y con ellos llegó ella. Pasamos la noche juntos, se aprovechó de mi borrachera para dormir en mi cama y después de eso, no me dejaba en paz, como si ya fuéramos pareja de nuevo.

—Por favor, por favor. De verdad que no sé cómo decirte que no quiero tener nada serio con nadie y mucho menos contigo. ¿No lo entiendes? Ya tuvimos nuestro momento y no salió bien —le repetí por enésima vez.

—Héctor, no me hagas esto. Yo te quiero, nunca logré olvidarme de ti, de lo que teníamos. ¿Tanto te cuesta aceptarlo?

—Ya, claro —musité quitándole veracidad a sus palabras—. Elena, no insistas.

Me giré con el fin de no verla, de escapar de las garras de una mujer controladora, que solo miraba por la posición. Estar conmigo le haría ser más famosa, lo que le gustaba a ella, ser el centro de atención. Lo que no consiguió en su momento con otro, quería hacerlo conmigo.

Mi padre era un hombre muy conocido por los restaurantes que poseía y yo me fui, escapé de todo porque no me gustaba que me siguieran por las calles haciéndome fotos, entorpeciendo mi vida diaria, inventando tantas cosas como fuera posible. Y eso era lo que buscaba ella, ser más conocida y así la empresa de su familia subiría como la espuma, mucho más de lo que ya habían conseguido.

Elena volvió a coger mi brazo para hacerme girar y me abrazó con fuerza, aferrándose a mi cuerpo, a alguien que no la quería. ¿Por qué una mujer tenía que suplicarle amor a un hombre?

—No te quiero Elena, no como para pasar mi vida entera junto a ti —susurré en su oído duramente, esperando que así lo entendiera.

—No te creo. Noto como te hago estremecer cuando beso tu cuello. —Lo besó con delicadeza.

Claro que me estremecía, cualquiera lo haría, no éramos de piedra... Pero eso no significaba

que quisiera estar con ella para toda la vida, casarme y tener hijos.

—Me gustas Elena, solo eso. El sexo es bueno, no te lo voy a negar, pero nada más. No voy a volver a repetírtelo y espero que esta sea la última vez que me busques.

Me solté de ella y me encaminé hacia la puerta.

—No quiero verte aquí cuando vuelva —expresé sin mirarla y salí de mi apartamento, el mismo que me compré tras hacerme cargo de la empresa de mi padre.

Mi vida había cambiado mucho en poco tiempo, volviéndome jodidamente loco por todo lo que llevaba a mis espaldas. De lunes a viernes era una locura; reuniones y visitas. Los fines de semana deberían ser para descansar, pero, cuando no era por una cosa era por otra, siempre acababa trabajando hasta altas horas de la madrugada.

Mi madre se quejaba de que no iba a visitarla, y lo haría si no fuera porque no tenía vida y esta era un caos absoluto. La tenía abandonada y no me gustaba. Solo esperaba que con el tiempo las cosas se calmaran y las aguas volvieran a su cauce, aunque en ese momento me arrastrara una corriente fuerte.

Capítulo 5

Judith

Podría tirarme horas en este lugar, podría si no fuera porque estaba acompañada de alguien que tenía solo en mi recuerdo, aunque solo su voz. No me la había quitado de la cabeza desde que pasó, desde que la escuché contándome una serie de cosas que no era capaz de recordar. Sin embargo, aquí estábamos, mirando al frente. Él aún esperaba mi respuesta a esa pregunta que ni siquiera era capaz de responderme a mí misma por miedo a verbalizar lo que tanto daño me hacía. Y es que a veces era mejor tapar las heridas del pasado a dejar que un desconocido las pudiera utilizar para hacerte más daño.

—Sé que no nos conocemos de nada y entiendo que no quieras responderme, pero me gustaría que...

—Cierto, no nos conocemos y es mejor así. —Me levanté tras interrumpirle—. Tengo que irme.

Me di la vuelta para escapar de una vez de alguien que no quería que entrara en mi vida, no después de saber quién era.

—Espera... Lo siento, no quería... —Cogió mi mano y me hizo girar para mirarle.

Nos quedamos mirándonos unos segundos a los ojos y tuve que bajar la vista para no perderme en ellos, porque solo observarle era capaz de hacer que sintiera una paz que jamás había sentido.

Realmente no sabía el tiempo que estuvimos así, en silencio y cada uno metido en sus pensamientos. Se dio cuenta de que quería escapar de él y me soltó, me dejó ir. No lo miré. No pude y me fui.

Volví a pasar por delante del restaurante, aunque con la cabeza gacha. Sabía que, si miraba de nuevo a su hermano, volvería a gritarle cualquier cosa y ya había dado suficiente espectáculo por un día. Los periodistas ya tenían noticia para una semana; ya me imaginaba los titulares: «Desconocida golpea al hijo del difunto Sr. Castillo». Por dios, menos mal que mi familia no leía esas revistas.

Me metí en el coche y le mandé un mensaje a Fernanda.

Judi:

Fer, estuve en el restaurante pero he tenido que irme.

Nos vemos luego en casa.

Fer:

Mmmm.

¿Ha pasado algo?

Judi:

Después te cuento.

Dejé el móvil en el asiento del copiloto y arranqué. Tenía que irme antes de que alguien me viera aquí todavía. Iba a salir cuando el móvil volvió a sonar.

Fer:

¿Para qué me dices nada?

Ahora me vas a dejar así.

Judi:

Te aguantas...

Después nos vemos.

Te quiero.

En verdad podría haberme quedado calladita y no contarle que había venido al restaurante, pero tampoco podía asegurar que no se enterara si alguien decía mi nombre o algo. No sabía... Era una tontería, ni que fuera famosa. Me quedé pensando en todas las estupideces que pasaron por mi mente en tan solo unos segundos y una vez fui capaz de volver al planeta tierra, salí de allí como si alguien me estuviera persiguiendo. En pocos minutos estaba en la autovía.

Cuando llegué a mi apartamento, fui directa a la cocina y puse una olla con agua para cocer unos espaguetis; estaba hambrienta. Mientras tanto, me cambié de ropa y unos minutos después ya estaba echando la pasta.

No tardé demasiado en preparar una salsa y terminar de prepararme la comida. «Listo, a comer», pensé mientras me sentaba.

Sobre las siete de la tarde, se escuchó la voz de mi amiga entrando en la casa, despertándome de una larguísima siesta. En realidad no sabía cuándo me había quedado dormida.

—Vaya, ya veo que has estado muy ocupada como para no responder mis ocho llamadas — ironizó Fernanda con una ceja alzada.

Me senté lentamente para no marearme y me rasqué los ojos mientras un bostezo le respondía.

—Súper, me encanta tu gran respuesta. Me tenías preocupada desde el gran mensaje diciéndome que habías estado en el restaurante. ¿Tú sabes el revuelto que ha habido por una lista que le ha pegado a uno de los hijos del Sr. Castillo? No sé quién habrá sido la inteligente que...

—He sido yo, ¿vale? —la interrumpí poniéndome de pie.

No pensaba decirle nada, pero en cualquier momento se iba a enterar y prefería que lo hiciera por mí. Fer se me quedó mirando con los ojos abiertos, tan abiertos que incluso juraría que le escocían una barbaridad. Me acerqué a ella y le pegué en el brazo para que reaccionara.

—No me jodas, Judi. ¿No tenías otra cosa que hacer? —refunfuñó sentándose en el sofá.

—Qué quieres que diga, me gusta ir de lista por la vida y pegarle a los gilipollas que me interrumpen en un examen importante que, por cierto, no he podido acabar porque el muy estúpido hizo que me lo quitaran de las manos. No es por nada pero...

—¿Que ha hecho qué? Será gilipollas.

—Eso mismo he dicho yo, pero no sabía quién era y mucho menos que fuese hermano del hombre que venía a verme cuando estaba en coma. —Paré un momento y la miré—. Ya sabes, ese hombre desconocido que no dejó ningún dato sobre él para saber quién era —le aclaré porque su cara era todo un poema.

Me costaba mucho dejar sin palabras a Fernanda, pero al parecer esta historia lo consiguió. Ella sabía toda mi vida, todo por lo que había pasado y por lo que aún tenía pesadillas cada vez que dormía.

—¿Me estás jodiendo? O sea, que resulta que reconociste a un hombre que jamás has visto y resulta que es Héctor Castillo. ¿Me estás jodiendo? —repitió, y no supe que responder—. Vamos a ver, siéntate y cuéntame todo antes de que me dé un pasmo.

Solté una risita, provocando en ella algo de cabreo, lo noté en cuanto me senté y me dio un pellizco en el brazo.

—Au, mira que te digo que no me pellizques, después me dejas marca.

—Te jodes. Ahora habla.

—Si no te quisiera como te quiero, ya habríamos tenido un problema —respondí, evitando el tema.

—Si no me quisieras como me quieres, desde hace tiempo ya te habría partido la cabeza por ser tan cabezota —me amenazó, porque era una amenaza—. Ahora deja los rodeos y cuéntame que ha pasado desde la universidad hasta el encuentro con ese hombre que, para qué negarlo, era un *papasito*.

¿Cómo contarle algo que ni yo misma entendía? ¿Podía decir que era él, que, con solo escuchar su voz, había encontrado a ese hombre que no me quitaba de la cabeza? Se suponía que tenía que seguir adelante, olvidarme de todo lo que pasó, incluso de Carlos, tenía que olvidarme de Carlos. ¿Pero podía hacerlo? Aún me costaba abrir el tercer cajón de la mesita de noche, donde había guardado todos los recuerdos que me dañaban el alma, ese alma que ya estaba rota y que no era capaz de sanar.

Empecé a narrarle desde que estaba en el examen, hasta que el... Hugo, empezó a joderme. No podía creer que estuviéramos en la misma clase y mucho menos que, teniendo mi misma edad, aún estuviese en la universidad. Aunque claro, yo también tenía que terminar las asignaturas que me quedaban. Recordé que mañana tenía una tutoría con el profesor por culpa de ese... No quería insultarle, pero era un gilipollas.

Cuando llegué al momento en el que me chocaba con Héctor, se quedó expectante a cada palabra que era capaz de soltar y más cuando nos quedamos mirando a los ojos, como si no hubiese nadie más a nuestro alrededor. Yo aún no era capaz de entender cómo había reconocido su voz cuando había pasado tanto tiempo.

—¿De verdad crees que es él? —Asentí.

—Sé que es de locos y más sin haberle visto nunca, pero estoy segura a un noventa por ciento.

—¿Sabes cómo podemos salir de dudas? —preguntó entusiasmada. Me encogí de hombros—. Enseñale a tu madre una foto de él, de una revista, y ella te dirá si es él o no.

—¿Para qué? —Me levanté—. ¿Qué más da si es él o no? ¿Qué cambio va a tener mi vida saberlo? Ese hombre y yo no tenemos nada en común y no creo que volvamos a vernos. Él tiene su vida y yo la mía.

—Si estás tan segura, ¿por qué te pones tan nerviosa?

—No estoy nerviosa.

—Vamos, Judi, te conozco y sé que ese hombre ha calado muy hondo en ti.

Me giré para no demostrarle el daño que me hacía pensar en ello. Hubo un tiempo en que quería conocerle, hablar con él, contarle mi vida así como él hacía cuando venía a verme, contándome cosas de su vida. Pero luego pensaba que nadie iba a poner atención en alguien como yo, una mujer simple que no era capaz de seguir adelante y que solo se aferraba a un pasado que no hacía más que recordarme lo poco que me quería a mí misma.

Fernanda me abrazó por detrás y fue en ese momento cuando derramé esas lágrimas que me obligaba a tener escondidas, por miedo a no poder parar.

—Judith, un día te dije que llorar no era malo, que hacerlo era reconocer que necesitábamos

desahogarnos, pero creo que necesitas dejar de hacerlo y pasar página de una vez —aseguró poniendo su barbilla sobre mi hombro.

—¿Cómo lo hago? Cada vez que doy un paso adelante, algo me frena y me lleva al principio, como si fuese un juego y no pudiese pasar de ese nivel. Una y otra vez vuelvo al momento en el que me entero de que...

Callé, me callé para no hacerme más daño, porque decirlo era reconocer que por eso Carlos me dejó, que yo tuve la culpa de que él hubiese dado ese paso.

—No quiero que vuelvas a pensar en ello, por favor —suplicó con la voz apagada, estaba a punto de echarse a llorar y eso no podía permitirlo.

Entonces, obligándome a mí misma a sonreír, dejé de llorar y lo hice. Sonreí como si no hubiera pasado nada y como si mi vida fuera lo mejor. Me giré y la miré para después darle un beso en la mejilla.

—Gracias, Fer. No sé qué haría sin ti.

—No sé qué harías tú sin mí, pero sí sé que yo sin ti no sería la persona que soy ahora.

Y era por eso por lo que ella era la persona más importante en mi vida, la mejor persona que conocía y a la que más quería en este mundo. Fernanda no era mi hermana de sangre, pero eso no importaba porque éramos mucho más que eso.

Tras las lágrimas y la tristeza, Fernanda propuso salir esa noche a bailar. No era muy propio un día entre semana y teniendo que trabajar al día siguiente, pero ambas lo necesitábamos. Así que tras cenar algo, nos arreglamos y sobre las once y media salimos de casa para parar en el primer local que viéramos que estaba animado. Era noche de chicas, solo nuestra e íbamos con ganas de pasarlo bien y olvidarnos de todas las penurias que no éramos capaces de dejar de lado.

—Gira a la derecha, ahí hay un *pub* nuevo que abre todos los días y me han dicho que está muy bien —pidió Fernanda y así lo hice.

Cuando llegamos, busqué aparcamiento y tras quince minutos, aparqué y nos bajamos del coche. Cruzamos la carretera y nos encaminamos a la puerta del *pub* donde había dos tipos de seguridad. Nos miraron y, sin preguntar y solo dando las buenas noches, nos abrieron la puerta y entramos. La música sonaba, Cali y el Dandee se escuchaba mientras nos acercábamos y mis pies ya se movían al ritmo.

—Vamos, a pasarlo bien —me dijo al oído mi amiga.

Entramos y estaba bastante animado, no había mucha gente, pero la suficiente como para sentir la fiesta. Miré a mi alrededor, quedándome con cada detalle del lugar, hasta que...

—No puede ser.

Capítulo 6

Héctor

Quise ir tras ella, pero me obligué a no hacerlo, porque estaba seguro de que la cagaría. Por estúpido que pareciera, tenía la sensación de conocerla, como si nos hubiéramos visto antes. Sentí algo extraño cuando la tuve agarrada, cuando nos miramos y luego, cuando mi hermano se metió con ella, aunque tenía carácter, sentí que debía protegerla. Era una mujer con una armadura muy débil, una que con solo tirar una piedra, podría caer rota.

Me quedé un rato más frente al riachuelo, pensando en... Más bien dejé la mente en blanco porque de seguir pensando, al final dejaría que mi parte irracional la siguiera.

Esperé un tiempo prudencial para volver al restaurante, al menos un tiempo para dejarla escapar de todos los que seguirían esperando algunas respuestas sobre el incidente en la puerta y la desconocida que había golpeado a Hugo. Mi hermano seguramente no iba a estar de buen humor y tendría que lidiar con su carácter agrio y de hombre que creía tenerlo todo a sus pies, incluidas las mujeres bellas como ella.

Caminé hasta la entrada y aún estaban los periodistas que, al verme, comenzaron a preguntar sobre ella y lo que había pasado.

—¿Esa chica es su novia? ¿Por qué ha golpeado a su hermano? ¿Qué hará en este momento?

Y mil preguntas más que me negué a responder, no era el momento para una entrevista y tendrían que volver otro día. Aunque, a decir verdad, sabía que el tema no se iba a borrar de un día para otro e iba a girar en torno a ella cuando volvieran.

—No voy a responder a ninguna pregunta hoy, hablen con mi secretaria para concertar otro día para la entrevista. Gracias por venir.

Conforme lo dije, me giré y entré al restaurante en busca de mi hermano. Justo cuando crucé la puerta, me encontré a una de las cocineras. No sabía cuál era su nombre, no lo recordaba, la verdad es que no conocía a ninguna de mis empleadas. Me acerqué a ella y le pregunté por mi hermano, si lo había visto.

—Lo siento, Sr. Castillo, no lo he visto —respondió con amabilidad.

Su cara era de desconcierto, yo creía que mi hermano era un poco más popular en el restaurante y la verdad era que nadie lo conocía. Tendría que comenzar a meterse más en la empresa y ayudarme, al menos aquí, donde más trabajo había. Obviamente no le iba a pedir que se metiera en la cocina, pero sí podría manejar un poco todo lo relacionado a gestionar facturas y otros documentos.

Al no encontrarle, salí de nuevo y ahí estaba, dándole una entrevista a mis espaldas a los periodistas. Lo peor de todo era que la cocinera con la que me había encontrado, estaba pendiente a todo y se estaba enterando de cosas que no le incumbían.

Me acerqué a ella primeramente y le pedí amablemente que se fuese a la cocina y así lo hizo. Luego fui hasta mi hermano y tras despedirnos de los periodistas, me lo llevé hasta mi coche para luego obligarle a entrar.

—¿¡Tú eres gilipollas!?! ¿Qué pretendías dando esa entrevista? Ya sabes cómo son y le das más caña al temita de tu compañera de la universidad —le grité cabreado, pero no sabía si era por

pillarle haciendo la entrevista sin mi permiso o porque estaba hablando mal de una persona de la que no sabíamos nada.

—¿Qué te importa lo que yo haga? Ya soy mayorcito para que estés pendiente de mí. Te recuerdo que esa pequeñaja me ha pegado, ¿o ya se te ha olvidado, hermano? —refirió alzando la voz.

Negué mirando al frente, me enfadaba demasiado no poder controlar las cosas. Y mi hermano era una de esas cosas que se me escapaban, que no era capaz de madurar de una jodida vez, y con quien tenía que lidiar todos los días. Yo era de esas personas con la vida programada, tenerlo todo atado era lo que mejor se me daba. Podría ser culpa de mi padre, siempre me enseñó a ser así y mi hermano se dedicó a divertirse, a disfrutar de su adolescencia mientras que yo me preparaba para la universidad.

—No te voy a negar que yo la fastidié un poco pero...

—Ves, es que no puedes quedarte quieto, siempre estás metiendo la pata. ¿Cuándo aprenderás a comportarte como un adulto? Ya no eres un niño, Hugo.

Por alguna extraña razón le estaba echando la bronca a mi hermano por una mujer a la que no conocía de nada. ¿Qué más me daba a mí que esa chica se sintiera mal por culpa de una broma de Hugo? Que sí, que mi hermano era así, no era capaz de estarse calladito y menos cuando una mujer le gustaba.

—Claro, es eso —musité bajito para que no me escuchara.

Caí en la cuenta de ello, a mi hermano le gustó y por eso...

—¿El qué? —me preguntó, interrumpiendo mis vagos pensamientos.

—¿Qué?

Me encogí de hombros sin mirarle. Para ser sincero, quería cambiar de tema de una vez.

—Has dicho: «Claro, es eso». ¿A qué te referías? —insistió.

—Déjalo, hermano, son cosas mías. Ya sabes que a veces hablo solo, pienso demasiado en el trabajo. —Rodó los ojos a la vez que suspiraba.

—Cualquier día pierdes la cabeza, tienes que salir más, Héctor. Va a llegar un momento en el que cuando quiera verte, tendré que ir a buscarte al trabajo —se quejó a la vez que llegábamos a casa de nuestra madre.

Razón no le faltaba, siempre estaba metido en el trabajo, no salía con nadie y mucho menos tenía tiempo para diversión. Necesitaba unas vacaciones con urgencia, pero si yo me iba, ¿quién se iba a hacer cargo de todo? Él no estaba por la labor y mi madre jamás se había entrometido en los negocios de mi padre. Y ni que decir que, si yo me iba, no podría controlar a mi tía, esa mujer tan bondadosa que si tenía la oportunidad de acabar contigo lo hacía. No quería pensar mal de ella, pero a veces hacía cosas extrañas como contratar de secretaria a una chica que no tenía estudios solo porque era hija de su mejor amiga. La chica hacía lo que podía, pero con eso no bastaba, tenía que ser consciente del trabajo que debía hacer.

Entramos en casa y mi madre nos recibió con los brazos abiertos, como cada miércoles. Veníamos siempre este día porque era cuando nuestro padre descansaba, él sí que sabía hacer las cosas bien; siempre que podía se escapaba para pasar tiempo con nosotros. En cambio yo... ¿Quién me iba a esperar a mí en mi frío apartamento? Inmediatamente y por un motivo que no lograba entender, pensé en ella, en aquella muchacha que atropellé y de la que no supe nada. Aún mantenía la esperanza de encontrarla, y casi lo hubiese conseguido si no fuera porque en el

hospital se dieron cuenta de que intentaba ligar con la administradora para que me diera los datos. Solo sabía su nombre: Judith.

¿Qué habría sido de ella? ¿Sería feliz? Si algún día llegaba a encontrarla, le preguntaría si era feliz, porque una mujer que salía corriendo de una iglesia, envuelta en lágrimas, no era la definición exacta de felicidad.

—Hijo, ¿estás bien? Estás muy callado. ¿Te pasa algo? —La voz preocupada de mi madre me despertó de mi letargo. Le sonreí y abracé con cariño.

—Nada mamá, el trabajo..., solo eso —mentí, aunque no del todo.

—Espero que sea eso de verdad... —Alzó una ceja—. Parecía que pensabas en... ¿una mujer?

Mamá y su sexto sentido. Tenía un olfato que ni los perros policía. Estaba seguro de que si contrataran a mi madre para buscar la droga en las maletas de los traficantes, la encontraría.

—No, mamá, tranquila. Aún no ha llegado la mujer que me deje embobado.

—Yo no estaría tan seguro, hermano —intervino Hugo con su típica sonrisa de «sé algo que tú no».

Se acercó a nosotros con el móvil en la mano y me enseñó la bonita foto que nos hicieron los periodistas con la chica que vino al restaurante, justo cuando la agarraba porque se iba a caer. Me quedé observándola por unos largos segundos, los mismos que mi madre utilizaría en mi contra para comenzar el típico tercer grado de una buena periodista.

—¡Vaya! —exclamó con una sonrisilla.

La miré y negué a la vez que le devolvía el móvil a mi hermano.

—¿Quién es ella? —Y ahí estaba la primera pregunta.

—Nadie, mamá.

—Mi hijo no mira así a nadie. —Hugo soltó una carcajada.

—Serás capullo —mascullé a la vez que soltaba un resoplido.

—Va, va. Déjalo ya, mamá. La chica es una compañera mía de la universidad. Por casualidades de la vida, nos conocimos esta mañana en el examen y luego me la encontré en el restaurante. Además, no creo que sea del gusto de mi hermanito, ya sabes que él tiene un gusto más... ¿Cómo decirlo? Más Elena. —Segundo resoplido por mi parte.

Mencionar a Elena no era el comentario más acertado de mi hermano el gilipollas, así solo me fastidiaba y lo sabía. Me encaminé a la cocina para no escuchar más estupideces, dejándolos en el salón despotricando de la Srta. Robles, contándole lo sucedido en la universidad. No me gustaban las críticas, que hablaran de personas que no podían defenderse, y mucho menos conociendo a mi hermano como lo conocía, no me parecía ético. Estaba seguro de que él había tenido mucho que ver en que ella perdiera los papeles de esa forma, no se le veía mala persona y mucho menos peleona.

Mi madre entró en la cocina y me pilló tomándome una copa de vino. Se acercó a mí y puso una mano en mi hombro.

—¿Estás bien? Te noto diferente, Héctor —murmuró en mi oído abrazándome.

Yo estaba sentado y ella aprovechó la postura. Me dio un beso en la mejilla y yo dejé la copa de vino en la mesa para darle un apretón en las manos, que reposaban en mi pecho.

—Estoy bien, mamá. No te preocupes tanto por mí —respondí con sinceridad.

—Ya lo sé, cariño. Pero ya sabes que no puedo evitar preocuparme por vosotros, más de ti que de tu hermano, eso no lo niego. Es como si desde aquel día no fueses el mismo. Solo trabajas, no

vives. Me gustaría que te divirtieras, encontraras una buena mujer y fueras feliz.

Eso era lo que toda madre quería para sus hijos y la entendía... Solo que no había llegado la mujer que me hiciera perder la cabeza, que hiciera que lo dejara todo para estar con ella. Creí haberla encontrado una vez y ni siquiera sabía quién era. Aunque, estaba seguro de que si le contaba a alguien que pensaba que la mujer de mi vida era una desconocida a la cual atropellé, me tacharían de loco. Y no podría explicar por qué sabía que era ella, solo lo sabía y ya.

—Sabes que no puedo, el trabajo me consume y no tengo tiempo para buscar una buena mujer, mamá. Además, ya sabes que no es el momento, ahora...

—¿Y cuándo será el momento? Te recuerdo que vas a cumplir treinta años en un mes —me recordó sentándose a mi lado.

—Sí, mamá, lo recuerdo perfectamente. Tampoco es que sea un anciano, conozco a muchos hombres que se han casado con cuarenta y no les ha pasado nada.

—Tú no eres esos hombres, muchacho.

—No me vengas con la típica frase de «si se tiran de un puente, ¿tú también te tiras?». Esto no es lo mismo, estamos hablando de echarse una novia así sin más. No es tan fácil...

—¿Cómo que no, hermano? Yo tengo novia todos los meses —comentó Hugo, metiéndose, como siempre, en la conversación—. Mujeres diferentes.

—Valga la redundancia —respondí levantándome.

Me estaba cansando el tema y, sin comer siquiera, quería irme. Me gustaba venir a ver a mi madre, pero no cuando se quería entrometer en mi vida. Yo sabía lo que quería, era responsable y aun así no le valía. Ella prefería que me divirtiera, que saliera más, que fuera más..., más Hugo. Y no, no estaba dispuesto a pasarme la vida saltando de flor en flor, intentando buscar la más bonita o la que me tocara esa noche. Yo no era así y no lo sería jamás.

—Creo que me voy a ir, este tema me está sacando de quicio —avisé antes de irme.

—Espera, Héctor. No has comido.

—Lo siento, mamá, pero si cada vez que venga me vas a sacar el tema, voy a dejar de venir por un tiempo. No quiero que te preocupes por mí y mucho menos que te metas en mi vida, si tienes que preocuparte de alguien, que sea de ti misma. —Estaba siendo duro y lo sabía, pero era eso o seguir igual cada vez que la visitara.

Sin dejarla responder, salí de la casa. Estaba agotado, no podía más con la vida que había elegido. Bueno, que me habían impuesto, porque la vida que yo elegí estaba en Francia, allí dejé todo por lo que había luchado. Mis estudios no tenían nada que ver con lo que hacía, aunque mi padre siempre quiso tenerme al frente de Castillo, no era lo que yo quería. Me preparé en empresariales solo por darle gusto, hasta que me fui y ahí hice lo que a mí me apasionaba de verdad. Si mi padre se hubiese enterado de que mi trabajo era ser jefe de obra. No le habría gustado, sin embargo, era mi vida.

Capítulo 7

Héctor

Mientras conducía de camino a mi apartamento en el centro de Madrid, recibí un mensaje de mi hermano donde me ponía que esa misma noche saldríamos a tomar una copa con unos amigos que teníamos en común y con los que no hablaba nunca desde que comencé el trabajo. En un principio me negué, primeramente, porque tenía que madrugar al día siguiente. Y además porque sabía que Hugo era peor que Alberto, empalmaba la juerga con la universidad, y yo tenía demasiadas cosas que hacer como para hacer eso. Después recordé lo que mi madre hacía apenas unos minutos me había dicho, que debía divertirme, así que acepté obligándole a prometerme que me dejaría irme entrada las tres de la mañana, solo así aceptaría. Tras su sí, uno que sabía que me traería problemas, le dije que nos veríamos a las diez en la puerta de mi edificio.

Mi hermano no se lo creía, yo yéndome de juerga con él. Quise patearle las pelotas por cambiarle el nombre a una reunión de amigos o tomar unas copas y definirlo como juerga, esa palabra de su boca me daba escalofríos.

Si me viese mi amigo Alberto, me daría collejas hasta que volviera a ser Héctor «Baja-bragas» Castillo; mote que me puso él al comprobar que ligaba sin necesidad de hablarle a las mujeres. Que culpa tenía yo, no iba buscando nada y se me tiraban encima literalmente.

Cuando llegué al apartamento, me desanudé la corbata y me quité la chaqueta para tirarla de mala gana a un rincón, estaba harto de llevar ese tipo de ropa todo el santo día, como si no tuviera otra cosa que ponerme. Tampoco es que me gustase ir en chándal, un término medio estaba bien.

Caminé hasta el baño donde me desnudé y me metí en la ducha con rapidez. Estaba agitado y necesitaba un poco de relax y no había nada mejor que estar bajo el agua, sintiendo como te caía sobre los hombros, llevándose por el desagüe todo ese mal día. Aunque, a decir verdad, el día no había sido tan malo, haber chocado con esa mujer fue uno de los mejores momentos del día. Me habría gustado saber su nombre, solo escuché su apellido y porque mi hermano lo utilizó para meterse con ella.

Era muy guapa; morena, ojos marrones, con una mirada tan intensa que por poco la dejaba caer. No pude ver más allá, puesto que no llevaba ropa demasiado ceñida, era una mujer sencilla y preciosa. Y eso no fue lo que más llamó mi atención, claro que no. La tristeza que había en su mirada, a la vez que esa coraza que llevaba por máscara, fue lo que hizo que me fijara en ella.

No me hacía mucha gracia que le gustase a mi hermano, ella no era mujer para él, aunque tampoco estaba seguro de que se hubiera fijado en ella en ese término. A Hugo le gustaban las *barbies* con tetas grandes y labios de silicona, como si el mero hecho de tener la boca inflada fuera a conseguir que la chupara mejor: palabras de él, no mías. Yo no utilizaba a las mujeres como hacía él. Yo cuando me acostaba con una, era porque la conocía de antes. Ese «aquí te pillo, aquí te mato» no iba conmigo.

Se podría decir que era un hombre correcto, aunque para mi hermano la definición correcta sería aburrido.

Tampoco me importaba lo que pensarán los demás, cada cual con su vida.

Cuando terminé de ducharme, me puse una toalla alrededor de la cintura y caminé hasta la

cocina donde busqué en el mueble algo para comer, tenía bastante hambre, pero no había demasiadas cosas, ya que no había tenido tiempo de hacer la compra.

—Tenía que haberme quedado a comer en casa de mi madre —mascullé cogiendo el móvil para pedir una *pizza*, era eso o nada.

Mientras esperaba la comida, me puse cómodo, no tenía mucho trabajo y me iba a quedar toda la tarde en casa descansando. Al menos hasta la noche, que me iría a una reunión de amigos llamada juerga de las que duraban hasta las siete de la mañana. Si ya lo estaba viendo venir, tenía muy claro que mañana iba a estar para el arrastre.

Sobre las cinco de la tarde ya había terminado de comer y estaba acostado en el sofá viendo algo en la tele, digo «algo» porque me quedé dormido sin darme cuenta.

Con la vibración y el sonido del móvil en mi oreja, me desperté exaltado. Miré a mi alrededor y todo estaba oscuro. «¿Qué hora es?», pensé a la vez que descolgaba el móvil sin mirar quien era la persona que estaba al otro lado.

—*Ya era hora macho. ¿Qué cojones estabas haciendo? Llevo llamándote más de media hora.*

La voz amable y preciosa de mi hermano pequeño estaba al otro lado dando por culo como siempre.

—¿Qué quieres, Hugo? Estaba dormido. ¿Sabes el tiempo que llevo sin dormir así? Qué coño vas a saber si tú no trabajas como un mulo en la empresa de papá...

—*Para el carro, hermano, te estás yendo por las ramas y no queremos empezar la fiesta mal* —me cortó antes de que dijera algo más para joderle.

—¿Entonces para qué me llamas?

—*Joder, Héctor. Hemos quedado esta noche. ¿Ya no te acuerdas? A ver si voy a tener que regalarte las pastillas DeMEMORY para tu cumpleaños.*

—No me toques los huevos. —Me rasqué la cabeza—. Ya voy para allá, mándame la ubicación del sitio donde vais a estar.

Sin dejarle responder, colgué el teléfono. Total, ¿para qué iba a escuchar más? Con todas las gilipolleces que me había dicho ya tenía suficiente.

Tras bostezar como tres veces, me levanté del sofá y fui hasta mi habitación para vestirme. Eligiendo un vaquero y una camisa blanca con unas hojas azules, hojas diminutas, tampoco es que me fuese a poner una camisa hawaiana; me vestí y calcé para, después de coger las llaves y la cartera, salir. Ni siquiera me peiné, como quedó mi pelo de la siesta estaba perfecto. Total, tampoco iba a ver a ninguna mujer, solo íbamos a ser cinco tíos bebiendo cerveza y poniendo a parir a alguno de los que ya se habían casado.

Conduje unos veinte minutos antes de llegar al local de moda en el que mi hermano pensaba meterme toda la noche, porque así iba a ser. Yo pensaba que íbamos a estar en un bar tranquilo, pero no, aquí estaba, en una discoteca.

Aparqué en frente, habiendo tenido suerte de encontrar un hueco libre y me bajé para luego entrar. Como no era muy tarde, no había tanta gente esperando. Supuse que este sitio era de los que tenían cola para entrar.

Bajé las escaleras y entré en la sala donde la música empezaba a entrar en mis oídos con tanta fuerza que hasta mis tímpanos vibraron. Busqué con la mirada a mi hermano y al verle, agaché la cabeza mientras ponía todo mi empeño en caminar hasta él. No había llegado a ver a los que

estaban, pero seguramente serían Lucas, Jorge, Antonio y Lolo. Dos de ellos eran mis amigos de la infancia y los otros dos de mi hermano. Como no nos llevábamos demasiados años, nos uníamos de vez en cuando.

Cuando llegué hasta los que había al lado de mi hermano, sonreí saludándolos uno a uno, hasta que me giré y vi a mi ex sentada con Claudia, una amiga de mi hermano.

—¿Qué coño hace aquí Elena? —le pregunté a mi hermano al oído. Su respuesta fue encogerse de hombros—. No me jodas, Hugo. ¿Por qué no me has dicho que estaba aquí? Me habría ahorrado el viaje, no hubiera venido.

—Por eso no te lo he dicho, para que vengas. —Abrí los ojos como platos—. Vamos, pasa de ella. ¿Qué importa que esté aquí? No tenéis nada, así que pásalo bien y como si no estuviera.

«Ojalá fuera tan fácil», pensé justo cuando ella se levantaba y se dirigía a mí. Me froté la cara con ambas manos y ya la tenía en frente con una sonrisa triunfal, como si el habernos visto esta noche fuera a cambiar algo entre nosotros. Menos mal que le dejé claro que no iba a volver con ella, esperaba que hubiera captado el mensaje.

—Hola, Héctor. No sabía que venías —murmuró cerca de mi oreja, poniendo una de sus manos en mi hombro.

—No seas mentirosa, Elena... Ya nos conocemos y sabías que iba a estar aquí hoy, de no ser así, no habrías venido tú —respondí secamente—. Ahora, si no te importa, voy a la barra a pedir algo.

Le quité la mano de encima y me separé de ella para ir hasta la barra a pedir algo fuerte para poder soportar esta noche. No quería ser así con ella, de hecho nunca había sido tan borde con una mujer, pero es que Elena sacaba lo peor de mí. Después de conocernos tantos años, de haber estado juntos durante cuatro años, acabamos la relación porque comenzó a tontear con mi mejor amigo, Jorge. Se suponía que nunca me había sido infiel, que solo empezó a buscar a mi amigo para desahogarse, buscando una amistad con él porque le escuchaba cuando nosotros estábamos mal. Pero los vi besándose y eso fue el detonante. Hoy día los había perdonado a ambos, seguíamos siendo amigos, pero de ahí a volver a estar con ella, ni de coña. Eso pasó a la historia.

Mientras esperaba que la camarera me pusiera una ginebra, mis ojos se movieron por toda la estancia, ojeando cada rincón. Era un lugar bastante luminoso para ser una discoteca, al menos podíamos vernos las caras. Conforme iba repasando todo, llegué a la puerta, donde el tiempo se paró por unos segundos cuando esta se abrió y nuestros ojos se encontraron de lleno.

Por un momento tuve la sensación de conocerla de antes, de mucho antes. Su mirada era tan bonita y triste que desde que la vi, no me la quitaba de la cabeza. Bajé mis ojos poco a poco hasta que pude ver su cuerpo enfundado por un vestido negro entallado y se me secó la boca. No era de esas mujeres con delgadez extrema, de las que no sabías donde agarrar porque no tenía nada. Ella tenía curvas, de las que te gustaba clavar los dedos en sus caderas mientras le hacías el amor.

No me quitaba la mirada de encima y yo mucho menos. Sentí como la entrepierna se me ponía dura con solo verla alzar una ceja. «Joder», mascullé entre dientes. Quise acercarme a ella y saludarla, pero no podía; tenía que esconderme hasta que mi «amigo» quisiera bajar, aunque me lo iba a poner muy difícil toda la noche.

Comprobé que no venía sola y me fijé en que la muchacha que la acompañaba era la cocinera de mi restaurante. Era la segunda vez que la veía y trabajaba para mí. Debería conocer a los empleados para que no me pasaran estas cosas.

—Su copa —escuché la voz de la camarera.

Me giré para pagarle y cogí el vaso. Para cuando me di la vuelta para seguirla con la mirada, ya la había perdido de vista. Miré a mi hermano y él me sonrió señalándome a nuestra derecha, se habían sentado cerca de nosotros, muy cerca.

Mi hermano, que se dio cuenta de todo, negó sin borrar esa sonrisa de suficiencia que solía poner y yo me encogí de hombros bebiéndome de un sorbo la primera copa de la noche. Tenía claro que no iba a ser la mejor de todas y que acabaríamos muy mal si no era capaz de acercarme a ella.

Capítulo 8

Judith

No podía creer que de todos los lugares que había en Madrid, tuviéramos que vernos allí de nuevo. Dos veces en el mismo día, como si con solo un momento no fuera suficiente. Me ponía nerviosa el hecho de saber quién era, de tener la posibilidad de decirle que era yo la chica a la que atropelló y luego abandonó como si no tuviera importancia para él. Tampoco podía reclamarle nada, pues no se portó mal y, al fin y al cabo, fue un accidente.

Fernanda se dio cuenta de cómo me miraba y me instó a seguir caminando hasta la única mesa que había libre, justamente al lado de donde estaba su hermano con otros hombres y dos mujeres. Seguramente una de ellas sería su novia, estaba segura de ello. «¿Qué te importa a ti con quien esté él?», mi subconsciente como siempre poniéndome las cosas claras.

Fernanda me hizo despertar de mis pensamientos a la vez que me preguntaba lo que quería tomar, iría ella a la barra para que yo no me cruzase con él, sabía lo que provocaba en mí y solo había sido con una sola toma de contacto. ¿Cómo sería si nos viésemos más? No quería pensar en ello, mejor dejar las cosas como estaban y no darle más vueltas. Si él se enterara de que pensaba que era «él», seguro que me tacharía de loca porque en realidad no lo era. Aunque en el fondo deseaba que lo fuera.

—Vaya, vaya. Pequeña Robles, lo que es el destino, aquí estamos de nuevo cara a cara. ¿Quién es tu amiguita? ¿Me la presentas?

—Para mi desgracia nos estamos viendo en un mismo día tres veces. ¿Acaso me estás siguiendo? —pregunté—. Ah, ni de coña te presento a mi amiga, para que le jodas la noche con tu impertinente presencia. Mejor no —escupí alejándome de él, aunque había poco sitio para escapar.

—Venga, va. Yo te traigo a mi hermano, que está loco por hablarte, y tú me presentas a...

—Toma, Judi. —La voz de Fernanda nos interrumpió.

La verdad es que no sabía si el tonto del pequeño Castillo se había quedado mudo solo por la interrupción o porque en realidad le interesaba mi amiga. Se quedó completamente bloqueado y hasta juraría que estaba temblando. Ay, no. No creía que fuese eso, a este niño no le podía gustar una sola mujer, estaba segura de que era un picaflor.

Sin decirnos nada más, se dio la vuelta y siguió a lo suyo. Fernanda lo miró por unos largos segundos en los que no me pasó desapercibido su interés hacia mi compañero de la universidad. Luego me miró a mí y se encogió de hombros a la vez que se sentaba a mi lado.

Pasamos la noche bebiendo, riendo y pasando de las miradas de los hermanos Castillo. Fer me preguntó por mi compañero y le dije quién era. Extrañada de no haberlo visto antes, se levantó para pedir otra copa, la cuarta o quinta, no estaba segura. Por el camino, Hugo se acercó a ella y la invitó a bailar. No podía creerlo, al final lo había hecho. Inconscientemente mis ojos se dirigieron hasta él que también me miraba. Tragué saliva cuando me sonrió; una de esas sonrisas que hacían que se te calentara hasta el alma. Me levanté para ir al baño, o al menos eso fue lo que me dije a mí misma para evitarle... No quería tener nada que ver con él, no quería hablar con él y mucho menos que supiéramos nada el uno del otro.

Estuve en el baño bastante tiempo, al menos fueron dos canciones o eso recordaba. El alcohol ya estaba haciendo estragos en mí y estaba segura de que a la mañana siguiente iba a tener una buena resaca. Hacía tanto tiempo que no bebía de esta manera que ya sentía como las piernas me flaqueaban. Agarrándome a las paredes, salí del cubículo; en el pasillo estaba esperándome, porque en cuanto me vio se puso delante de mí.

—Hola, Srta. Robles. ¿Cómo estás? No sabía si acercarme a ti o no, me pareció que me asesinabas con la mirada. ¿Te pasa algo?

Lo escuchaba hablar pero no le estaba poniendo atención. Sin responderle porque no sabía que decirle, lo rodeé y me encaminé hacia la mesa donde estábamos Fernanda y yo. La miré y aún seguía bailando con Hugo, además de estar bastante pegados, se estaban comiendo la boca. «Di que sí, aprovechando la noche».

Miré de nuevo a Héctor y parecía estar discutiendo con una de las mujeres que estaban sentadas cuando llegamos. Me miraban a la vez que hacían aspavientos con las manos. «Joder, hablando de mí. Qué descaró». Y como si mi fiera interior emergiera desde lo más profundo de mi ser, me levanté y caminé hasta ellos con la intención de preguntarles qué coño tenían conmigo. Eso era lo que tenía pensado, mucho menos fue lo que hice porque cuando llegué hasta ellos, la estúpida me miró con suficiencia y él... No sabía cómo me miraba él. Y ese fue el detonante para hacer lo que hice, su mirada en mí, su sonrisa preciosa provocándome escalofríos. Lo cogí de la mano y me lo llevé a la pista en el mismo instante en que la canción *Miedo* de Leroy Sánchez comenzó a sonar. No era de esas canciones que se ponían en una discoteca, no era de esas bailables hasta el punto de que te dolían los pies. Pero como si se nos fuera el mundo, las horas, la noche... Nos miramos y, sin dejar de hacerlo en ningún momento, Héctor pasó sus manos por mi cintura y me pegó a su cuerpo para bailar pegados. Sentí su pecho pegado al mío y por poco me dio un infarto. Su olor..., su olor entró en mis fosas nasales y me hipnotizó, provocando que por primera vez en mucho tiempo, me dejase llevar por un desconocido, aunque no lo fuese tanto para mí.

—Me ha sorprendido que me sacaras a bailar... —Lo vi tragar saliva—. Reconozco que quería hacerlo desde que te vi entrar en la discoteca.

—¿Por qué no lo has hecho? Yo, yo deseaba que lo hicieras. —No hablaba yo, era la calentura que sentía en todo mi cuerpo.

Tenía la certeza de que si me ponían el termómetro, tendría fiebre. Estaba loca por sentirme así, no había hecho nada para calentarme, solo mirarme y sonreírme toda la jodida noche.

—Temía que me dijeras que no o escaparas como esta tarde en el restaurante.

Sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja y mi cuerpo se erizó hasta el punto de sentir frío. No me moví, no respondí, solo me pegué más a él, provocándole. Me estaba dejando llevar por los recuerdos, por las ganas que tenía de abrir los ojos para conocer al hombre que me hizo la oscuridad más clara. De pronto nos miramos y volvió a sonreírme, contagiándome. Sonreí y me guiñó. Yo negué y seguimos bailando. No hizo falta nada más para que siguiéramos pegados, para seguir escuchando canciones.

El tiempo se nos fue volando y cuando dejamos de bailar, me di la vuelta para buscar a Fernanda pero no la vi por ninguna parte. ¿Dónde se había metido? Volví a mirar a Héctor y se acercó a mí para decirme algo.

—Se han ido juntos —le escuché decir. La música aún sonaba como si no hubiera un mañana.

—¿Cómo que se han ido?

Al no escucharnos bien, me cogió de la mano y tiró de mí hacia la salida, pero yo estaba tan borracha que ya no podía conmigo misma. Paró un momento y me agarró del brazo para ayudarme.

—Espera, espera. —Lo paré—. Mi bolso —dije en su oído.

Me dejó unos segundos para ir hasta mi mesa y coger mis cosas. Unos minutos después y tras ser asesinados visualmente por una de las mujeres que lo acompañaban esa noche, salimos de la discoteca.

No me dijo nada hasta que llegamos a su coche y me ayudó a subirme. Por lo visto tenía pensado llevarme a casa. Me puse tan cómoda en el asiento que mis ojos comenzaron a cerrarse. Para cuando volví a abrirlos, estaba tumbada en un sofá con una manta sobre mis piernas. Me erguí y miré a mi alrededor, intentando reconocer el lugar, y fue cuando lo vi caminando hasta mí, sin camisa y descalzo. Tragué saliva en cuanto lo tuve frente a mí y, no sabía si era por el alcohol que aún recorría mis venas, sentí tanto calor que tuve que abanicarme con la mano, provocando una sonrisa en él.

—¿Cómo estás? Siento mucho haberte traído a mi casa, pero te quedaste dormida y no sabía dónde vivías. Además mi hermano sigue sin cogerme el teléfono. —Se sentó a mi lado, aun sabiendo en el estado en el que me encontraba.

—No, no pasa nada. —Suspiré.

—¿Te pasa algo?

—Agua.

—Claro, ahora mismo.

Se fue a por agua y me levanté. Aún me tambaleaba, pero algo menos. No estaba acostumbrada a beber tanto y temía meter la pata. Prefería quedarme dormida otra vez. Volvió muy pronto de la cocina y me dio el vaso de agua que me bebí de un trago.

—Vaya, sí que estabas sedienta. —Sonreí.

—¿Qué hora es? —Me senté de nuevo y comencé a ponerme los tacones, algo que me estaba costando horrores.

Héctor se agachó delante de mí y me quitó el tacón que ya me había puesto, acariciando mi tobillo, jodiendo mi cordura. Comencé a respirar con dificultad y nos miramos. No dijimos nada más, no hizo falta hacerlo cuando me acerqué a él y lo besé sin ningún reparo. Gemí en sus labios en cuanto sus manos se colocaron en mis caderas. Se sostuvo con ambas rodillas y me obligó a abrir mis piernas para colocarse en medio de ellas. Sus manos se alejaron de mis caderas para comenzar a subir por mi espalda, rozando mi piel, la poca que había dejado libre. Pero nada le importó porque comenzó a bajarme la cremallera que tenía en la espalda para quitarme el vestido. Al no llevar sujetador, sentí como sus dedos me quemaban y hacían arder todo mi cuerpo.

Sus labios abandonaron los míos unos segundos para ponerse de pie, cogió mi mano y me ayudó a hacer lo mismo. Ambos de pie, ambos mirándonos, ambos necesitados del otro. Levanté los brazos para que me quitara el vestido y así lo hizo, me dejó completamente desnuda ante él, solo con el tanga negro que llevaba. Ahora era él quien tragaba saliva, quien se ponía nervioso y temblaba. Pegué mi pecho al suyo y bufé. Mordió mi labio inferior, cogiendo mis nalgas, alzándose para que enroscara las piernas alrededor de su cintura, haciéndome conocedora de cómo estaba, de la dureza de su miembro.

Me llevó hasta su habitación, me depositó con cuidado en su cama, y sus labios besaron desde mi cuello hasta mis pechos, donde se quedó el tiempo necesario para volverme loca. Suspiré a la

vez que un jadeo me atenazaba cuando su lengua comenzó a bajar por mi vientre para aterrizar en mi sexo. Lo destapó con los dedos, rozando mi clítoris. Su lengua saboreó esa zona y... Dios mío. No quería volverme loca, pero era inevitable no hacerlo cuando era la primera vez que me acostaba con alguien después de tanto tiempo y más sabiendo quién era él.

—Sí —solo pude decir eso.

Separó su boca para quitarme el tanga por completo. Lo miré y me miró. Subió y besó mis labios, dejándome mi sabor. Poco a poco, se fue despojando de sus pantalones, quedándose expuesto. Abrí las piernas sin dejar de mirarle, sin dejar de jadear porque no podía hacer otra cosa cuando sus manos recorrían mi cuerpo, arqueándome para buscar su miembro, para lograr que entrase de una vez dentro de mí. Estaba loca, lo necesitaba de una vez por todas y, así lo hizo, entró en mí de una sola estocada. Ambos gemimos en nuestros labios, su lengua rozó la mía y comenzaron a bailar a la misma vez que nosotros.

—Eres tú —musité cuando sus labios se despegaron de los míos.

Capítulo 9

Judith

Aún no sabía por qué le había dicho que era él, ni siquiera era consciente de que el hombre que me hacía el amor era el mismo que me susurraba al oído los días en los que solo me acompañaba la oscuridad.

La noche y su habitación fue testigo del deseo desenfrenado que nos envolvía, que no podíamos controlar. Y estaba segura de que, por la mañana, me iba a invadir una vergüenza por haber hecho algo de lo que no habría sido capaz de haber estado en mis cinco sentidos.

Cuando acabamos, ambos caímos desplomados sobre el colchón y, minutos después, tras haberme abrazado por la espalda, nos quedamos dormidos. El agotamiento y el alcohol hicieron que mis ojos se cerraran tan rápidamente que casi ni me di cuenta.

Mis ojos comenzaron a abrirse lentamente y miré a mi derecha donde Héctor dormía plácidamente. No sabía la hora que era, pero por la luz que entraba por la ventana, no podía ser más de las siete de la mañana. Como pude, salí de la cama con cuidado de no despertarle, no me sentía con suficiente ánimo para lidiar con esto ahora. Sabía que de estar despierto, tendríamos un momento incomodo y una conversación que no iba a llegar a nada, porque yo no iba a tener nada con él. Había sido un completo error habernos acostado... Había sido un gran error. Suspirando, salí de la habitación despacio. Hice memoria y busqué mi ropa en el salón. Me agaché para recoger el vestido al mismo momento en el que los recuerdos entraron en mi mente, retrotrayéndome de lleno al momento en el que yo misma comenzaba esto. Lo besé, fui yo quien lo hice y ahora no quería verle por miedo, ese miedo que aún no era capaz de dejar atrás. El miedo al abandono, a sufrir de nuevo. Bastante tenía en mi vida, en mi cabeza. Bastante tenía ya que sobrellevar a diario para involucrarme con alguien que no era para mí.

Cuando me vestí, saqué de mi bolso la libretita que siempre llevaba para apuntar cualquier cosa importante y le escribiría una nota. No le iba a poner gran cosa, solo un... «¿Qué cojones le pongo?», pensé a la vez que escribía. La dejé en la mesa y, con los tacones en la mano, salí del apartamento, cerrando despacio. Me calcé, suspiré y entré en el ascensor. Ahora a esperar que pasase un taxi, menos mal que en Madrid pasaban a menudo.

Unos minutos después, estaba diciéndole al taxista la dirección de la discoteca. Tenía que recoger mi coche. Durante el camino eché la cabeza atrás, me dolía un poco, anoche me pasé con la bebida y no estaba acostumbrada. Abrí un poco la ventanilla, dejando que el aire fresco de la mañana me despejara la mente, esta trabajaba demasiado rápido y lo único en que pensaba era en sus manos recorriendo mi cuerpo, en sus labios besando cada parte de mi piel... En él sobre mí... En Héctor mirándome a los ojos mientras entraba en mí. Bufé negando, intentando dejar atrás lo ocurrido. Iba a ser complicado cuando él estaba en mi mente desde hacía tres años, cuando no podía olvidar su voz y ahora... ¿Qué hacía ahora? Ya sabía quién era, aunque aún no estuviera segura hasta no preguntarle a mi madre con una foto suya. Por estúpido que pareciera, yo sabía

que era él o, una parte de mí, quería que lo fuera.

—Señorita —escuché la voz del taxista.

—¿Sí? Perdona, no le estaba escuchando.

Le pagué y me bajé para después buscar mi coche. Cuando lo encontré porque casi no me acordaba, me subí y arranqué para volver a mi casa.

Por el camino recordé que tenía una tutoría con el profesor, así que llamé por teléfono y le pedí aplazarla por trabajo. En un principio se negó, pero luego no le quedó otra que aceptar. Total, el examen ya lo había perdido y, contando con que era uno de los tres que me faltaban, estaba jodida.

Cuando llegué al barrio, aparqué y fui hasta el portal. Entré y subí a mi piso donde se suponía que estaría mi amiga, la misma que me dejó tirada sin decirme ni media palabra. Llegué al quinto piso y comencé a buscar las llaves de mi casa mientras salía del ascensor. Justo cuando llegué a la puerta con la llave en la mano, antes de siquiera intentar meterla en la cerradura, la puerta se abrió y me dejaba ver a mi amiga, en bragas y con una camiseta, comiéndole la boca a mi compañero de la universidad y hermano del hombre con el que había pasado la noche. Carraspeé para que supieran que estaba frente a ellos y se separaron.

—¡Vaya! Buenos días, pequeña Robles.

Y como si eso hubiese sido la gota que llenase mi vaso, le escupí en toda la cara.

—¡Gilipollas!

Entré sin mirarle y me encerré en mi habitación para buscar la ropa que me pondría hoy. Tenía que entrar a trabajar en el supermercado en un par de horas y necesitaba una ducha urgentemente. Escuché un portazo y esperé unos segundos a los gritos de Fernanda.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? Mira cómo le has hablado —Ahí venía el primer grito.

No podía creer que me hablase así.

—Encima que me dejaste tirada anoche, eres tú quien está cabreada. Flipa contigo, Fernanda — respondí girándome para mirarla.

Alcé una ceja, sabiendo lo que eso conllevaba. Ella sabía que una vez que la levantara, el enfado no se me iba a ir fácilmente. Joder, que me dejó en la discoteca con un desconocido sin saber cómo me iría a mi casa por la borrachera que llevaba. Que sí, que no debería haber bebido teniendo que conducir, pero eso no le quitaba culpabilidad. Además, ella seguramente pensaría que yo volvería con él, que le diría que me trajera, pero aun así no lo hizo nada bien.

Nos mirábamos sin decirnos nada más, me giré de nuevo para coger la ropa y la rodeé para ir al baño y ducharme, eso era mejor que decirnos algo que no pudiéramos controlar.

Me tiré al menos media hora aseándome, secándome el pelo para no dejar que se secara sobre mi espalda, eso era malísimo y podría coger un gripazo de los buenos. Además, aún hacía fresco. Cuando terminé de maquillarme, poca cosa, como siempre, salí del baño y me la encontré vestida sentada en el sofá. La ignoré completamente y caminé hasta mi cuarto para coger la mochila. La preparé metiendo las llaves del coche y de la casa, introduje el móvil y la cartera, sin olvidar el pañuelo que solía ponerme en el cuello por si acaso hacía frío a la salida. No trabajaba todos los días, solo tres días a la semana, pero tenía turno completo, o sea que me tiraba todo el día fuera. No era el mejor trabajo del mundo, pero sí el único que podía compaginar con las clases.

Antes de salir, la escuché.

—Lo siento, Judi. No lo hice bien anoche.

Suspiré agachando la cabeza y fui hasta ella para luego sentarme a su lado.

—No pasa nada.

—No, si pasa. Te dejé con un desconocido. ¿Y si es un loco asesino o algo? ¿Y si no hubieses llegado a casa? No sabría lo que...

—Me he acostado con él —la corté. Era mejor soltarlo ahora.

Abrió los ojos tanto que por poco se le salieron, su boca se abrió igual o más, y eso provocó en mí una carcajada.

—Cuéntamelo todo ahora mismo, cacho guarra —dijo completamente indignada.

—Tendrá que ser después, cuando llegue del trabajo. —Me levanté.

—Ni se te ocurra salir de aquí sin decírmelo, Judith —me amenazó oprimiendo una sonrisa.

—Lo siento, pero será después. Será tu castigo por dejarme tirada anoche.

Fue lo último que dije y salí de mi casa, dejándola desencajada y con los brazos en jarras. Volví a reírme y me fui.

Sobre las diez de la mañana entré en mi trabajo y caminé hasta mi caja. Otro día en el que las horas solo las pasaba cobrando compras, los números me mantendrían ocupada bastante tiempo, el suficiente para no pensar en él. Bueno, al menos hasta que llegase la hora de descanso que, dado el ritmo de trabajo, llegó antes de lo que me esperaba.

Cuando salí a comer, me encontré en la puerta a Fernanda. Me sorprendió verla allí, dado que debería estar trabajando, pero una parte de mí sabía que sería lo que haría, era demasiado cotilla como para esperar para que le contara mi noche de sexo con el hombre de mis recuerdos.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en el restaurante? —Se encogió de hombros con una sonrisa.

—¿Comemos juntas? Vamos, te invito para compensar lo de anoche, aunque tan mal no lo pasaste, ¿no? —Le pegué un guantazo en el brazo.

—Cállate, mala pécora.

Entre risas, cruzamos la carretera para ir al restaurante de Diego, un muchacho que estaba loquito por mi amiga y al que ella no le daba coba. Era buen tío, pero no su tipo. Aunque después de haberla visto con Hugo, no sabía muy bien el gusto de mi mejor amiga. Había caído en las garras de un tipo con las orejas de soplillo. «Esto no se lo diría nunca», pensé mientras una sonrisa dibujaba mi rostro.

—¿Pero qué ven mis ojos? Si es la morena que me tiene loco —declaró Diego en cuanto vio a mi amiga.

—Ay, Diego. Tú tan gracioso como siempre —respondió mi amiga.

—¿Lo de siempre, mis reinas? —nos preguntó y ambas asentimos.

Nos quedamos unos segundos en silencio, hasta que Fernanda sacó una revista de su bolso y la puso frente a mí. En la portada salía Héctor, trajeado y con una sonrisa que volvía loca.

—¿Y esto? —La señalé.

—Pues..., te lo cuento cuando largues por esa boquita lo que te pasó anoche después de que te dejara allí tirada con ese bombón. —Me mordí el carrillo por dentro y sonreí.

—Está bien, pero no hay mucho que contar.

—Venga, claro. Te acuestas con él, pero no hay mucho que contar. A otro perro con ese hueso, bella —refirió alzando la voz, llamando la atención de unas ancianas que estaban sentadas al lado nuestra.

—Joder, Fer, no grites que te va a escuchar hasta mi jefe.

—Pues habla de una vez —insistió.

Resignada comencé a narrarle todo lo que había pasado. Cuando justo me di cuenta de que estábamos solos en la pista. Que por un momento no supe qué hacer, si esperarla a ella o irme con él. Aunque también podría haber llamado a un taxi, pero estando tan borracha la opción dos fue la mejor que encontré.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que estabas borracha cuando te acostaste con él? Joder, Judith... No estabas en tus cávaes.

—No, no. Yo sabía lo que estaba haciendo. Me quedé dormida en el coche y cuando desperté estaba acostada en su sofá. Ese tiempo me ayudó a que se me bajara la borrachera lo suficiente como para saber que quería besarle —declaré sin un ápice de vergüenza.

—¿Le besaste tú? ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

—Cualquiera que te escuche diría que soy una estrecha. —Enarqué una ceja bebiendo un sorbo de mi coca cola.

El camarero hacía unos minutos que nos había dejado nuestro pedido. Mientras comíamos, seguí contándole todo, hasta el momento en el que todo a nuestro alrededor se esfumó. Cuando no había nada más que nosotros dos y los besos húmedos, los jadeos y caricias calientes. Fernanda comía patatas fritas sin dejar de mirarme, casi sin pestañear, parecía que le estaba contando la mejor historia que hubiera escuchado nunca.

Cuando acabé de contarle todo, no podía borrar la sonrisa de mi cara y ella se dio cuenta.

—Te has enamorado —me dijo.

—¿Qué dices? ¿Cómo me voy a enamorar de un desconocido? Ni siquiera sé si es...

—Es él —me interrumpió—. Es lo que te iba a decir ahora.

—¿Cómo? ¿Estás segura? —Asintió.

Mi madre se lo había confirmado. Fernanda había ido a su casa con la revista para preguntarle si era el hombre que me atropelló hacía ya tres años y con una sonrisa le confirmó que era él. Mi madre no se lo podía creer, pues ella prácticamente se había olvidado de ese muchacho triste que iba a verme al hospital.

Cuando terminamos de comer, salimos del restaurante y caminamos un poco por la acera antes de cruzar e irme de nuevo al trabajo. Fernanda se fumaba un cigarro y me daba de nuevo la revista para que me la llevara.

—¿Qué vas a hacer ahora? —Me encogí de hombros—. ¿Se lo dirás?

¿Se lo diría? Era cuestión de esperar.

Capítulo 10

Héctor

Podría quedarme en la cama horas, siempre y cuando estuviera acompañado de esta mujer. Eran las cinco de la mañana, aún no había sido capaz de dormir, solo podía pensar en el momento en el que entraba en ella. Un suspiro se me escapó a la vez que acariciaba su cabello negro. No sabía exactamente por qué me sentía así con ella, no la conocía de nada, no sabía nada de ella, ni siquiera su nombre... Sin embargo, deseaba saberlo todo.

Cansado de dar vueltas y obligándome a dormir, porque si no iba a estar con unas grandes ojeras a la mañana siguiente, cerré los ojos y sin percatarme, me quedé dormido. Estaba cansado, trabajaba demasiado y apenas tenía vida para mí.

Un sonido molesto se escuchaba lejano, era insistente, demasiado para mi gusto. Aun sabiendo quién era, abrí los ojos y me levanté sin recordar que había pasado la noche con una mujer. Fui corriendo a por el móvil y lo descolgué.

—¿Qué cojones quieres tan temprano? —mascullé caminando de vuelta a mi habitación para verla.

—*Vaya, hermanito. Quien diría que has echado un polvo.*

Entré en la habitación bufando por su comentario y miré la cama. Arrugué la frente al comprobar que no había nadie. Fui hasta el baño pensando que podría haberse despertado al ir yo a por el móvil. Pero no, tampoco estaba.

—*Héctor, ¿estás ahí?*

—Te llamo en un rato —dije colgando sin dejar que me respondiera.

«¿Cuándo se habrá ido?».

Volví al salón con la esperanza de encontrar algo; una nota, un zapato como si fuera la cenicienta, ¡algo! Miré por todas partes sin suerte y me senté un momento en el sofá. Bufé cabreado, nunca me había pasado esto. Entonces ahí estaba, me había dejado una notita en la mesa pequeña. La cogí esperando ver algún teléfono donde llamarla, una dirección donde buscarla. Una mierda fue lo que me encontré... Solo un simple: «Ha sido un placer. J». ¿Ha sido un placer? «Nos ha jodido que lo ha sido», pensé, levantándome para ir a la ducha.

De camino al trabajo volví a llamar a mi hermano para preguntarle cómo es que sabía que había echado un polvo. Si se había enterado, solo podía ser porque la vio y si él tuvo la suerte de verla, era porque había estado con la morena. Marqué rápidamente su número lleno de esperanzas; quería encontrarla y hablar con ella, preguntarle el motivo por el que se fue sin decirme nada, sin despedirse.

—*Por fin me llamas. ¿Tanto has tardado en arreglarte? Sigues siendo feo, hermano.*

—Cállate y escucha.

—*Vale, ¿qué quieres? Nunca eres tan tajante.*

Entrecerré los ojos apretando los labios a la vez. A veces pensaba que mi hermano tenía un

sexto sentido. Eso, o que me conocía demasiado bien. Tampoco es que fuéramos de esos hermanos que estaban muy unidos. Yo me había tirado muchos años fuera y, cuando estaba aquí, él era más pequeño. Nos unimos a raíz de la muerte de nuestro padre.

Me quedé pensativo por un momento, parado en un semáforo y, si no fuese por el sonido de los cláxones, aún seguiría ahí, estático.

—*Joder, Héctor. Estás hoy fatal* —le escuché decir.

—Perdón, me he quedado pensando. Bueno, a lo que iba. ¿Cómo has sabido que he echado un polvo? —repetí su comentario en forma de pregunta.

«Ojalá sepa donde vive. Ojalá sepa donde vive», me repetí mentalmente mientras esperaba la respuesta.

—*No lo sabía, solo era una broma. ¿Has echado un polvo? ¿Quién, cómo, cuándo? ¿Está buena?*

—Eres peor que mamá. Cállate ya, cabrón. Me has jodido hoy, pensé que lo sabías porque la habías visto.

«No tenía que haber dicho eso, empezaría a preguntarme y prefería buscarla por mi parte».

—Hugo, tengo que dejarte. Hablamos más tarde —me despedí.

—*Oh, no. Espera. No me has llamado para colgarme de un momento a otro sin darme una explicación.*

Colgué ofuscado, ya le soportaría más tarde u otro día... o mejor nunca.

Media hora más tarde, llegué a la oficina. Tras aparcar, entré y mi secretaria ya me esperaba en la puerta con las órdenes del día. No estaba para mucho trabajo, no iba a poder quitarme de la cabeza a «J». ¿Será Julia? No, no le pegaba ese nombre. ¿Joana? Puse cara de asco conforme lo iba pensando.

—Buenos días, Sr. Castillo.

Pasé por su lado y entré en la oficina sin responderle. Total, ella iba a venir detrás de mí.

—Manuela, quiero que me canceles todas las reuniones hoy. Tengo que hacer algo importante que no puede esperar —anuncié dejándola con la boca desencajada.

—Pero, Sr. Hoy venía su tía con los abogados para la reapertura de uno de los restaurantes de Londres —titubeó nerviosa.

—No me importa, dígame a mi tía que hoy no estoy para nadie. Además, pienso apagar el móvil, para que no me estén llamando.

Conforme entré, cogí mi maletín de nuevo para volver a salir. Me estaba volviendo loco, podría ser, pero me importaba una mierda. En ese momento lo único en que pensaba era en saber quién era, encontrarla y preguntarle por qué cojones me había dejado tirado con una nota de «ha sido un placer». Ahora entendía a las mujeres cuando ellos también lo hacían; yo nunca, nunca lo haría.

Mi intención era empezar por el restaurante, buscar a la cocinera y que me dijera donde vivía. Con suerte, en una hora estaría delante de ella..., con suerte. Eso sería si yo fuera una persona suertuda, pero no lo era.

Cuando llegué, aparqué rápidamente y corrí hacia el restaurante. Cualquiera que me viera, pensaría que pasaba algo grave. Fui hasta la cocina buscando a la morena, pero no la veía por ninguna parte. Me acerqué a otro de los cocineros y este, al verme, se extrañó, sobre todo porque nunca entraba en la cocina.

—Sr. Castillo. ¿Le pasa algo? —me preguntó claramente sorprendido.

—Busco a una de tus compañeras, una mujer alta y morena. Creo que es la cocinera más joven que tenemos en este restaurante —me apresuré a decir sin responder a su pregunta, no me interesaba en este momento.

—Sí, Fernanda. —Fruñí el ceño—. Ella no ha venido hoy.

Bufé exaltado.

—Joder.

—¿Ocurre algo con ella? Si puedo ayudarle en algo.

Caminé de un lado al otro pensando, estaba demasiado ansioso y debía calmarme, no podía hacer ese tipo de espectáculos y menos buscar a una de mis empleadas de ese modo. Podrían llegar a pensar que estaba enamorado de ella y, en realidad, era que estaba... No, no estaba enamorado de nadie, pero sí era verdad que, por alguna extraña razón que aún desconocía, necesitaba encontrarla, saber de ella. Necesitaba saber más de ella.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla? Es por temas de trabajo —mentí descaradamente, se me notaba a leguas.

—Solo tengo su teléfono, no sé dónde vive.

—Está bien, con eso me vale.

El joven fue hasta una chaqueta que estaba colgada tras la puerta y sacó del bolsillo un móvil. Se acercó a mí para decirme el número y volvió a dejarlo donde estaba para después, tras despedirse, volver al trabajo. Le agradecí el detalle y también le pedí que no le dijera a nadie lo que había pasado y mucho menos que yo estaba buscando a esa muchacha. Salí de la cocina con el móvil en la mano, con la intención de llamar en seguida, pero no podía hacerlo delante de los trabajadores y clientes que ya estaban llegando, así que salí del restaurante y me encaminé hasta mi coche para poder hablar con tranquilidad. Además, primero tendría que pensar bien lo que le diría, no podía pedirle su dirección así por las buenas.

Me senté y puse el aire acondicionado, estaba muy nervioso y me sudaban las manos. Parecía un adolescente con las hormonas revolucionadas. En mi puta vida me había sentido así con una mujer, con alguien que no conocía de nada, pues solo me había cruzado con ella dos veces. Sí, nos habíamos acostado y sí, me había encantado tenerla debajo de mi cuerpo gimiendo. Suspiré al recordar el momento y sentí como mi polla se alzaba y se endurecía con ferocidad.

—Vamos, Héctor. Pareces un gilipollas, tranquilo —me dije a mí mismo.

Cuando conseguí tranquilizarme, cogí el móvil y marqué el número de Fernanda. Otra vez me mentía a mí mismo, no estaba nada tranquilo, aunque intentaría aparentar que sí.

Escuché los tonos una y otra vez, y no contestaban, me estaba frustrando y debía calmarme. Llamé un par de veces más y desistí, no podía estar llamándola todo el día, pensaría que estaba loco.

Cansado de estar aquí, arranqué para volver a mi apartamento a encerrarme. Más tarde volvería a llamar y, con suerte, la localizaría.

Cuando llegué a mi casa, estaba tan cansado que me recosté en el sofá y, sin dejar de pensar en ella, me quedé dormido. Para cuando me desperté, eran las cuatro de la tarde; mis ojos se abrieron por el sonido estridente de mi móvil. Me levanté con premura, mareándome al instante y miré quién me llamaba, pensando que podría ser Fernanda. Pero no, era mi hermano y no se lo cogí. Tenía varias llamadas de él y no estaba de humor para escuchar sus tonterías.

Quería volver a llamarla, pero no me atrevía. Pensé que era mejor hacerlo mañana, dejar que

pasara un día. Pensé que era lo mejor, mas estaba loco por escuchar su voz. Al final fui coherente y no lo hice. Para quitarme las ganas de hacerlo, me metí en mi email para ver los pendientes; tenía varios mensajes de mi tía muy cabreada, pero me importó una mierda, ya me tenía hartado.

Me puse a trabajar en casa durante el resto del día, solo parando para comer. A las una de la mañana, decidí que era hora de descansar y me acosté con una sensación de ahogo en el pecho que no me dejaría respirar. Deseaba que amaneciese pronto para poder llamarla y deseaba tener suerte. Sin poder quitármela de la cabeza, me quedé dormido.

Sobre las doce de la mañana estaba ansioso por llamarla y así lo hice, la llamé con los dedos cruzados. Tres tonos después, escuché una voz:

—*Diga*—respondió.

—¿Fernanda?—pregunté.

«Vaya pregunta. ¿Quién si no será?», pensé bufando.

—¿*De parte de quién?*

Esa voz... parecía... Sí, sí. Estaba seguro de que era ella.

—Un amigo. Necesito hablar con ella.

Mentirle era la mejor opción para conseguir más datos. Si le decía que era Héctor Castillo, su jefe, seguramente me diría que no estaba o incluso que me había equivocado de número. A lo mejor eran suposiciones mías, pero que se fuera sin decirme nada, ni siquiera su nombre, me hacía pensar que no quería volver a verme. Llamadme loco, pero estaba claro.

—*Claro, ahora mismo se la paso.*

Se hizo una pausa.

«*Dice que es un amigo*—se escuchó al otro lado—. *Ponte*».

«¿*Un amigo? Ningún amigo se presenta así*—desaprobó la voz de Fernanda—. *¿Estás segura de que no te ha dicho nada más, Judi?*».

¿Judi? ¿Judi? Claro, ese era su nombre. «J» de Judi. Pero Judi tenía que ser un diminutivo.

—¿*Quién es?*—respondió con enfado—. *Debe conocerme muy bien para llamarme tanto.*

—Fernanda, soy Héctor Castillo, tu jefe. Y antes de que digas nada, necesito que me escuches con atención.

—*Siento no haber ido ayer a trabajar, Sr. Castillo. Le juro que recuperaré el día.*

—No, Fernanda tranquila. Ya hablaremos de eso.

Se quedó callada, no respondió y lo agradecí, así me daba un poco de ventaja para poder explicar el motivo de mi llamada y conseguir hablar con Judi, solo ella me interesaba en ese momento. No es que me muriera por verla, que también, pero tenía que reclamarle el haberme dejado tirado así, sin más, como si hubiera sido un polvo más. «Es que es eso lo que has sido, capullo». Ya estaba mi subconsciente tocándome los huevos, parecía mi hermano con sus grandes comentarios absurdos.

—Verás, te he llamado porque necesito hablar con tu amiga. Como podrás darte cuenta no me dejó su número como para llamarla a ella misma. ¿Podrás ayudarme?

Y antes de seguir hablando, otra voz al otro lado de la línea explotó llamándome de todo:

—*Eres un estúpido. ¿Cómo se te ocurre llamar a mi amiga para saber de mí? ¿Es que no te*

ha quedado claro que no quiero saber nada de ti? Te dejé una nota con un breve mensaje y solo por no irme sin más, que era lo que tenía pensado hacer, porque tengo educación...

No paraba de hablar, de soltar de todo por esa boca que horas atrás mordía a mi antojo.

—¿Me dejarás hablar? Porque, que a veces sea un hombre tranquilo, no significa que no tenga carácter —la interrumpí alzando la voz y con eso conseguí que se callase un momento.

—*Está bien, lo siento. A veces pierdo los papeles.*

—Judi. —Suspiré—. Sé que no nos conocemos, pero si te he llamado es porque creí haber conectado contigo... Sentí... —me callé un momento—. Quiero conocerte.

No me respondió, no lo hizo. En cambio, colgó, dejándome completamente paralizado y cabreado. Pensé que conseguiría algo, que lograría conocerla, que fuéramos amigos o yo que sé. Estaba claro que ella no quería nada de nada y eso solo me hacía pensar que escondía algo, si no... ¿Por qué no iba a querer conocerme después de haberme besado, de haber pasado la noche conmigo? La mejor noche que había pasado en mucho tiempo.

No sabía lo que iba a hacer, pero lograría encontrarla y hablar con ella. Porque de algo estaba seguro, Judi y yo teníamos algo; aunque ninguno aún lo supiéramos con exactitud, lo teníamos.

Capítulo 11

Judith

—¿Cómo has podido ser tan cabrona? —me soltó de pronto Fernanda.

La miré con ojos de loca, porque me había quedado loca con la llamadita. ¿Cómo se le ocurría llamar a mi amiga para preguntar por mí? Pensé que... Ya ni siquiera sabía que pensar. No tendría que haberme acostado con él, no tendría que haberme puesto en su camino, ni ahora ni mucho menos cuando me atropelló. Si no lo olvidaba antes, ¿cómo lo haría ahora que había sentido sus labios, su piel?

Fernanda seguía mirándome con la frente bastante arrugada, a este paso le saldrían arrugas muy pronto.

—¿Quieres dejar de mirarme así? Era lo mejor, Fer. ¿Qué querías que le dijera? Sí, me ha encantado acostarme contigo, me muero por conocerte pero lo mejor es que te olvides de mí. No soy para tí. ¿Eso querías que le dijera? —Suspiró pasándose las manos por la cara.

—Tú eres gilipollas.

—Ala, di que sí. Ahora insúltame.

—Mira, Judith, está claro que le gustas a Héctor y tú te mueres por él. ¿Qué problema hay en eso? ¿Simplemente no puedes dejarte llevar? —Su pregunta me martilleó en la cabeza, no sabía ni qué responderle.

Me senté en el sofá, agaché la cabeza, encerrándola entre mis piernas. Había momentos en los que necesitaba un respiro, hacía tiempo que no lo necesitaba tanto como en ese instante. Sentí su mano en mi hombro, se había sentado a mi lado. Siempre daba gracias por tenerla a mi lado, por sentirla como a una hermana. Fernanda me daba ese cariño que no recibía de otros y, sí ella llegase a faltarme, no sabría qué haría. Pero en ese momento necesitaba un respiro, poder aliviarme a mi manera, olvidarme de una vez de un hombre que tenía una vida muy diferente a la mía. ¿Quién iba a ser yo para él? ¿Cómo encajaba una cajera de supermercado con el dueño de los mejores restaurantes del país?

—¿A qué tienes miedo?

—No es miedo... Bueno, sí. Joder, Fer. Desde que Carlos me dejó no había estado con nadie más y saber que esa persona es nada más y nada menos que el hombre que me atropelló, el que me dejó su voz en la maldita cabeza... No sabes lo que sentí justo en el momento en que sus manos tocaron mi cuerpo. —Suspiré cerrando los ojos, recordando la noche pasada—. Era la primera vez que me sentía amada de verdad, aunque ese hombre no me ame.

—¿Entonces? Es que no te entiendo. Quiere conocerte, te ha llamado a mi teléfono, joder. Eso significa que ha preguntado por mí en el trabajo. ¿Tú sabes lo que eso va a dar que hablar mañana en el curro? Seguro que mis compañeros ya están pensando lo que no es. ¿Qué hombre haría eso si no estuviera interesado de verdad?

Lo que decía tenía sentido, no cabía duda. Pero eso no quitaba que él y yo no pegáramos ni con cola. No podía negar que me ilusionaba que quisiera conocerme, y que el que hubiera buscado el modo de encontrarme hacía que me replanteara el llamarle y pedirle perdón por haber sido tan grosera.

—Me das miedo cuando te quedas tan pensativa —mencionó mi amiga con una sonrisa.

—No deberías, ya me conoces.

—Por eso mismo lo digo. —Le pegué un puñetazo en el brazo.

—Serás...

—Venga, estás loca por llamarle. —Me mordí el labio inferior y asentí—. ¿Y a qué esperas? No todos los días se interesa por ti un tío como ese, te lo digo yo que te veo a diario, en cuanto te vea por las mañanas, seguro que se arrepiente de haberte buscado —dijo mientras se levantaba para huir, sabía que iría tras ella para volver a pegarle, era una mala pécora.

—Eso, corre, corre. Cuando te coja será peor. —Se metió en su habitación y cerró con pestillo.

La dejé ahí un rato, sabía que en cualquier momento saldría, no iba a aguantar mucho con lo comelona que era, y hoy me tocaba cocinar a mí; menos mal que algo se me daba bien. Me fui para la cocina para preparar la paella, se me había antojado, hacía mucho tiempo que no comía y solo era mi padre el que la preparaba. Ahora con el trabajo se me hacía muy difícil ir a comer tan seguido. Así que había que aprovechar los días que estábamos las dos de descanso.

En cuanto la comida empezó a oler, mi amiga salió de su cueva para degustar un buen plato de arroz; lo que yo decía, saldría rápido. No le dije nada cuando la tuve enfrente, ella pensó que se me había olvidado la bromita que me había hecho, así que se lo dejé creer. Pero mi venganza iba a ser terrible.

Como había dejado el móvil en la mesilla, me metí en la agenda para buscar el número de mi compañero de universidad. Conociéndola sabía que lo tenía y que pondría «papasito» seguido de su nombre; siempre hacía eso cuando le gustaba el nuevo ligue. Tal y como yo pensaba, el papasito Hugo, estaba en la agenda y no hice otra cosa que enviarle un mensaje haciéndole creer que era Fernanda con una invitación a comer paella en su casa. Obviamente mi intención era hacerle creer que estarían solos, pero no iba a ser así ni por asomo. No me iba a ir, quería amargarle la comida. Total, yo comería y me iría a ver a mi hermano al hotel para pasar la tarde con él.

Justo antes de servir mi plato, sonó el timbre de la puerta; como no me había respondido, pensé que no vendría. Pero sí, ahí estaba tal y como yo quería. Claro que tampoco me esperaba que viniera acompañado y, aunque debería de haberlo sentido, una parte de mí tenía la esperanza de que no pasara. «No te mientas, sabías claramente que él vendría y por eso lo has hecho». Rodé los ojos porque no sabía que pensar después de que mi subconsciente me diese en la boca con la mano abierta.

—¿Quién es? No recuerdo esperar a nadie hoy —expresó Fernanda.

Su pregunta llegaba tarde, la puerta ya la había abierto y tenía frente a mí a los hermanos Castillo. Un suspiro se me escapó de los labios en cuanto nuestros ojos se encontraron.

—Hugo, ¿qué haces tú aquí? —preguntó Fernanda cuando llegó hasta mí—. Sr. Castillo, no le esperaba en mi casa.

—Llámame Héctor, por favor —respondió amablemente.

—Hola, morenita, me has invitado tú —declaró Hugo y Fernanda me miró a mí.

Desvié la mirada dándome la vuelta para escapar, aunque era una venganza, me había salido el tiro por la culata. Comencé a caminar, pero me agarró del brazo.

—Quieta ahí —musitó—. Por favor, pasad. Ya que os he invitado yo, qué menos.

Los hermanos pasaron y fueron hasta el salón para sentarse mientras que Fernanda me llevaba

hasta la cocina para cagarse en todos mis antepasados, no por traerle a su churri, sino porque no tenía ni puta idea de que vendrían. Estaba sin maquillar, con el pijama puesto y, aunque era una belleza, también muy presumida y eso de recibir en paños menores no era su fuerte.

—Eres una cabrona, ¿cómo se te ocurre invitarlos a casa mi día de descanso? ¿Has visto mis pintas?

—Esa era la idea, que te viera en tu peor momento. Eso te pasa por meterte conmigo. Además, ya te has acostado con él, ¿qué más te da como te vea? —le recordé para que supiera que era una venganza.

—Pero serás tonta, lo has hecho mal, muy mal. ¿Te das cuenta de que tienes al hombre que se muere por ti sentado en tu sofá y que ahora tienes que pedirle perdón en pijama? Vamos, guapa, todo tuyo.

—Es cierto que eso no lo tenía planeado, ha sido una sorpresa. —Su respuesta fue un «ja» alzando las cejas—. Vale, sabía que la posibilidad de que viniera estaba ahí, pero rezaba porque no sucediera.

—Y una mierda, estabas loca porque viniera y lo has hecho por ti, no por mí. Te ha salido mal la jugada, hermana.

Salió de la cocina con una sonrisa, dejándome como una boba porque tenía más razón que un santo y encima ahora tenía que hacer lo que ella decía; Fernanda tenía un carácter muy fuerte y sus venganzas eran peores que las mías, o hacía lo que quería o las iba a pasar muy putas durante el almuerzo.

Salí con dos cubiertos y vasos más para ponerlos en la mesa. Héctor se levantó en cuanto me vio aparecer y me los quitó de las manos para ponerlos él mismo. Le miré y sonreí al mismo tiempo, no podía hacer otra cosa, era un amor de hombre; tenía una mirada tan tierna, una sonrisa tan bonita, unos rasgos tan perfectos. Joder, todo en él era perfecto y yo aquí intentando escapar de él. Bueno, en realidad escapaba de mí misma. Agaché la cabeza recordando el motivo por el que yo no quería acercarme a ningún hombre y me giré para volver a la cocina. Suspiré en cuanto me quedé sola, aunque me duró muy poco porque vino tras de mí.

—¿Estás bien, Judi? —Ahí estaba... Su voz, esa voz que reconocería con los ojos cerrados, así como los tenía ahora mismo.

Negué tragando el nudo que tenía en la garganta. ¿Por qué tenía tanto miedo a enamorarme? ¿Por qué si ya estaba enamorada, si me enamoré de él mientras dormía? Yo no era buena para nadie, no era una mujer completa y eso al final pasaba factura en las parejas. No me podía permitir abrirle mi alma a otra persona que pudiera volver a destrozármela. No, no lo haría.

Capítulo 12

Héctor

En cuanto reaccioné, me fui a la empresa, mi hermano me esperaba para enterarse del polvo que había echado aun sabiendo de que no le contaría nada. Ya me conocía y sabía que no era hombre de divulgar mis noches de sexo. Pero me había dejado claro en sus mensajes que no podía seguir escondiéndome. Con haberlo hecho un día era suficiente. Me iba a dar mucho por culo, lo sabía.

Cuando llegué, fui hasta mi oficina sin saludar a nadie. No estaba de humor para nada. Entré y me encontré a mi hermano sentado en mi silla, con los pies sobre la mesa. Le miré con una ceja alzada y recibí una sonrisa canalla de su parte; era un gilipollas de mucho cuidado.

—¿Qué pasa, hermanito? Te veo con cara de amargado. ¿No fue bien la otra noche con mi compi? —soltó de pronto hinchándose los huevos.

—¿Quieres dejar de meterte en mi vida? ¡Ya me tienes hasta los cojones! —escupí pegándole en las piernas para que las bajara de mi mesa.

Se levantó con los brazos en alto, burlándose de mí porque le importaba una mierda lo que pudiera sentir. En realidad, no le importaba nadie más que él.

—Está bien, está bien. No volveré a mencionarla si es lo que quieres.

—Gracias —le agradecí—. ¿Para eso has venido o necesitas algo más?

No es que me importara que viniera a verme, pero sí cuando era para molestar. Si necesitaba algo, con que me llamara tenía suficiente.

—Calma, hermano, solo venía a saludarte, ya que ayer desapareciste. Podríamos comer juntos, nunca lo hacemos. —Alcé una ceja, no me creía nada su amabilidad.

—¿Qué quieres?

Volvió a levantarse con las manos alzadas, parecía que estaba en un concierto, todo el rato con los brazos levantados, como el que está bailando. En fin, estaba seguro de que quería algo. Me senté en mi silla y él me imitó, volviendo a sentarse.

Encendí el ordenador para ver lo que tenía pendiente para hoy y, antes de que me dijera lo que quería, sonó su móvil; parecían mensajes. Vi como los leía y como se le iluminaba la cara, y podía jurar que era la primera vez que veía a mi hermano con ese gesto, no era de los que se ilusionaban por nada. Aún no entendía por qué tenía esa actitud de «me la suda todo», suponía que era porque siempre fue un mimado que tenía todo nada más abrir la boca, mis padres le daban todos los caprichos. Sin embargo, a mí me tocó ser el responsable, el que tenía que liderar la familia cuando faltara nuestro padre.

—Se ve que has recibido un buen mensaje —mencioné mirándole.

—Sí, hermano, un buen mensaje para los dos.

—¿Para los dos? ¿A qué te refieres?

—Pues que yo venía para comer contigo y comeremos con alguien más o dos más. —Alzó ambas cejas sugestivamente.

—Habla de una vez, capullo —le apremié, me estaba cabreando.

—Me acaba de invitar mi morenita, la amiga de mi compi, tu empleada. —Le miré concentrado, no entendía que tenía que ver conmigo—. Joder, que lerdo eres. Vamos a ir a comer a su casa.

Me levanté de sopetón, nervioso como un gilipollas. Iba a verla de nuevo, sabría donde vivía, y podría hablar con ella cara a cara y no por teléfono. Parecía que el día mejoraba.

—Vaya, sí que te ha gustado la idea... Eso es que remataste con ella, ¿eh? —refirió mofándose de mí.

No quería contarle nada, pero si no lo hacía me iba a estar tocando los cojones todo el rato. Y la verdad la noticia que me había dado era tan buena, que no quería joderla soportándole. Así que, sin más, comencé a narrarle todo desde que ellos se fueron, y la dejaron tirada, y yo tuve que salvarla de dormir en la calle borracha. Claro que eso no era muy creíble, me la llevé a mi casa porque se quedó dormida en el coche y no sabía dónde vivía. Al final terminé contándole que me acosté con ella, la nota y la búsqueda. Todo parecía sacado de un libro y no era para menos. Ahora estaba nervioso por verla de nuevo y más, porque no sabía cómo me iba a recibir. Lo mismo me tiraba una sartén a la cabeza, quién sabe.

—¿Me estás diciendo que te has acostado con la pequeña Robles? —Asentí cogiendo de nuevo mis cosas para irnos.

Salimos de la empresa y subimos al coche. Primero iríamos a un bar a tomarnos algo, necesitaba relajarme antes de verla.

Por el camino seguimos hablando del tema y de como él había acabado la noche también acostándose con «su morenita», como ya la llamaba. Se le veía muy ilusionado cada vez que la mencionada y eso sí que era raro. En mi caso, lo estaba y mucho, me gustaba Judi, me desconcertaba su manera de actuar y sabía que bajo esa fachada se encontraba una mujer vulnerable a la que habían hecho daño. Solo necesitaba conocerla, dar el siguiente paso con ella. Era la primera vez que yo tenía un sentimiento tan fuerte, la primera vez después de... Me quedé pensando en ella, en aquella chica a la que atropellé el día de su boda. Era tan difícil olvidarme de aquello, de cómo me sentía cuando le hablaba. Aunque no sabía quién era, de donde venía y mucho menos de qué color eran sus ojos. Me quedé solo con su nombre y había tantas Judith en Madrid que sería imposible volver a verla.

Sin darme cuenta, me vi pensando en Judith y Judi. Pegué un frenazo al darme cuenta de algo que no era capaz de ver antes. ¿Serán la misma persona?

—¿¡Qué haces gilipollas!? Nos vas a matar —gritó Hugo mirándome como un loco.

—Lo siento, lo siento. No sé lo que me ha pasado —me disculpé volviendo a acelerar para seguir.

—¿Qué quieres atropellar a otra persona o qué? Joder, que susto.

—Ya te he dicho que lo siento —escupí cabreándome.

—¿Qué te pasa? Hace un rato estabas feliz por ver a la pequeña Robles y ahora estás con cara de haber visto un fantasma.

Y razón no le faltaba, estaba con una presión en el pecho que no me dejaba respirar. Es que no podía creer que estuviera pensando en la posibilidad de haber encontrado a Judith. No, no podía ser ella. No, no. Negaba sin parar mientras que mi hermano me miraba asustado, mucho más que cuando pegué el frenazo.

—Héctor, coño. ¿Qué te pasa?

—¿Recuerdas a la mujer que atropellé? —Asintió—. Estuve visitándola por días hasta que empecé a trabajar y no volví a verla. —Volvió a asentir, encogiéndose de hombros—. Se llamaba Judith. —Abrió los ojos soltando un «oh» de lo más cómico.

—¿Me estás queriendo decir que Robles y tu Judith pueden ser la misma? —Ahora era yo el que asentía—. Vaya, hermanito, estás jodido entonces. Esa mujer seguro que te odia y por eso no quiere saber nada de ti. Si es ella, claro.

—Puede ser que sea por eso por lo que no quiere conocerme —musité aparcando.

Habíamos llegado al barrio de Judi o Judith, no sabía ya. Nos bajamos del coche para ir a un bar cercano; necesitaba una cerveza con urgencia.

Nos bebimos una cerveza cada uno, aunque yo sin alcohol, no bebía cuando conducía, era así de aguafiestas, como decía Hugo... Lo que era es ser responsable, algo que él no conocía.

Cuando llegó la hora de subir, me sudaban las manos y sentía que el corazón se me iba a salir por la boca. Joder, me estaba comportando como un auténtico niño y tenía casi treinta años. Mi hermano me miró y me dio un apretón, sabía lo importante que era para mí averiguar si era ella o no, sabía todo lo que yo pensaba en esa mujer y lo que me mató no poder encontrarla. No es que me hubiera tirado esos años buscándola, pero sí estuve un tiempo mirando en internet con su nombre por las redes sociales, por si salía alguna foto con la que poder relacionarla, algún familiar, aunque solo vi a sus padres. Cuando me di cuenta de que no había nadie con su perfil, lo dejé. Y en ese momento estaba delante de alguien que podía ser ella.

Hugo tocó el timbre y unos segundos después, abrió la puerta ella y, al verme, tragó saliva al igual que yo. Presentí que no me esperaba y eso no me facilitaba las cosas. De pronto escuchamos la voz de Fernanda, nos dejaron pasar y ambas se fueron a la cocina.

Me quedé observando el pequeño apartamento; era acogedor, no había demasiados muebles, aunque sí fotos. Miré algunas que colgaban en la pared de mi izquierda y era ella junto a Fernanda en un concierto. Se le veía tan feliz en esa foto, con una gran sonrisa.

Unos minutos después salieron. Fernanda llamó a Hugo para hablar a solas, en lo que intuí sería su habitación, y yo me levanté para ayudar a Judi con los cubiertos y vasos. Su sonrisa hizo que volviera a respirar, pero duró lo mismo que un suspiro. Volvió a darse la vuelta para regresar a la cocina y me fui tras ella, no iba a esperar más para hablarle y saber si era aquella mujer.

—¿Estás bien Judi? —le pregunté al ver como agachaba la cabeza, de espaldas a mí.

No me respondió y arrastré los pies a su lado, cogí su brazo para hacerla girar y me encontré con sus preciosos ojos vidriosos, a punto de echarse a llorar.

—¿Qué coño? —fue lo único que pude pronunciar.

Sin pensarlo, porque de hacerlo sabía que no tendría los cojones de besarla, agarré sus mejillas y capturé sus labios, importándome muy poco sus réplicas, sus golpes en el pecho. Necesitaba besarla y eso hice. Unos segundos duraron sus quejas, hundió sus dedos en mi cabello, tirando de él con suavidad. Recordé cuando la hice mía hacía dos noches, como entraba en ella sin medir el tiempo, sin preocuparme de nada, solo nosotros dos y el perfecto momento de hacerle el amor.

Con dificultad para respirar, nos separamos y dejé mi frente pegada a la suya con los ojos cerrados, aún no era capaz de abrirlos y encontrarme con su odio por haberla besado cuando la otra noche fue ella quien lo comenzó todo. Si no me hubiese besado, si no me hubiese acostado con ella, no estaría ahora muriéndome por dentro por querer repetirlo.

—Te dije que no quería saber nada de ti —musitó, abrí los ojos y ella aún los mantenía cerrados.

—Lo sé, pero es imposible después de haberte echo mía. —Suspiró.

—No soy de nadie, Héctor. No puedo ser de nadie.

—¿Por qué no puedo ser ese «nadie»? Me gustaría ser tu nadie, Judith —me la jugué diciendo su nombre.

Abrió los ojos de golpe y me miró. Parecía sorprendida, asustada e incluso podría decir que había acertado.

—Porque no hay nadie que pueda estar conmigo, Héctor. No insistas.

Fue a escaparse de nuevo, pero se lo prohibí. No iba a ser tan fácil. Giró, suspiró, me insultó por lo bajo y no me importó nada porque algo dentro de mí, muy dentro, me decía que era la mujer a la que atropellé. Nos miramos, la observé, miré cada lunar, ese que tenía sobre la ceja; me percaté de una cicatriz en el pómulos derecho que, de haber estado maquillada, no habría visto. Subí mi mano para tocarla, acariciándolo. Negó, separándose.

—No sé qué es lo que quieres, Héctor. ¿Por qué yo? Hay miles de mujeres buenas para ti. En cambio yo...

—¿Tú? ¿Qué tienen las otras mujeres que no tengas tú? —No respondió—. Mira, Judith. No te estoy pidiendo matrimonio, ni siquiera te estoy prometiendo amor eterno porque nos conocemos desde hace muy poco. Solo sé que algo dentro de mí te reconoce, como sí...

—Como si nos hubiésemos conocido antes —terminó la frase por mí. Yo asentí.

Nos quedamos en silencio de nuevo, había veces en las que las palabras sobraban y ese era uno de esos momentos en los que, solo con la mirada, nos decíamos más de lo que nuestros labios podían pronunciar. Me acerqué a ella y la abracé fuerte, solo por la necesidad de cobijarla, de hacerle ver que estaba con ella aunque no supiera muy bien en qué. Judith tenía un secreto que hacía que no se abriera y yo lo descubriría.

Capítulo 13

Judith

Me había dicho Judith y no Judi. ¿Será que sabía quién era yo? No era posible. ¿Cómo iba a saberlo? Ni siquiera nos habíamos visto antes.

Estar entre sus brazos me nublaba la mente y no podía dejar que consiguiera eso, no estaba preparada para abrirle mi corazón a otra persona... No estaba preparada para volver a sufrir.

Me miró con la intención de volver a besarme y, aunque yo deseaba como una estúpida que lo hiciera, no podía. En ese momento, llegó Fernanda para ver que tal iba la comida y nos interrumpió:

—¿Está la comida ya? Oh, oh. Lo siento —se disculpó al vernos.

Nos separamos de golpe y ambos suspiramos a la vez. Nos miramos y me sonrió. «Joder. ¿Dios, por qué me haces esto?» pensé mirando al techo. Él salió de la cocina dejándonos solas y Fernanda se rio acercándose a la paellera para servir los platos que faltaban.

—¡Vaya! Si que te ha gustado la visita —murmuró la cabrona.

—Por favor, no empieces —le pedí intentando buscar la serenidad que había perdido.

—No he dicho nada.

—Ya.

Cogimos los platos y salimos de la cocina en silencio. Ella se sentó al lado de Hugo, haciéndole una carantoña como una auténtica boba. Se le caía la baba con el gilipollas. «Que mal me cae por dios». Suspiré y miré a Héctor, él también me miraba. Agaché la cabeza y comenzamos a comer, no podía hacer otra cosa. Ninguna dijo nada por, al menos, cinco minutos, siendo estos los minutos más largos de mi vida. Estábamos incomodos y eso hacía que el ambiente estuviera tenso.

—Judith —me llamó Hugo—. Quería pedirte perdón por lo que pasó en clase.

Le miré y casi me atraganté con los granos de arroz. No me lo esperaba. Héctor, que estaba a mi lado, me dio unos golpecitos en la espalda porque empecé a toser.

—Joder, si lo llego a saber no lo hago. —Soltó una carcajada. Fernanda lo fulminó con la mirada, haciéndome conocedora de sus reales intenciones.

—Gracias, Héctor, ya estoy bien. —Alcé una ceja—. Desde luego que para recibir una disculpa falsa te la habrías ahorrado —repliqué ganándome un pisotón de Fernanda, pero ni por eso me iba a callar—. No me pises, se ve claramente que se lo has pedido tú. Que, oye, a mí me importa una mierda que me pida perdón. Después de todo, el examen ya lo he suspendido.

—Pequeña Robles, no saques las uñas todavía.

—Me cago en tu... —me callé levantándome de la mesa. Di un manotazo en ella—. Me tienes hasta el mismo coño, no te aguanto. Me largo.

Me fui hasta mi habitación para vestirme, me iba a ir ya con mi hermano. Total, me iba a ir de todas formas. Fernanda entró en la habitación para regañarme, o a saber, porque no la dejé hablar, ya estaba cansada.

—Como vengas a defenderle, te puedes ir por donde...

—¿Qué cojones te pasa? Estás muy mal, Judi, nunca te había visto así.

Sin más se dio la vuelta y salió de mi habitación. Me faltaba el aire, me ahogaba y estaba agotada. Me senté en la cama y agaché la cabeza. Debería volver al psicólogo. Lo dejé cuando Carlos me prometió que lo superaríamos juntos, estaba feliz con un hombre que me demostraba que no importaba si no podíamos tener hijos, que había otros métodos, y no fue así. Las lágrimas salieron solas, sin permiso. Abrí el cajón de la mesita de noche y saqué el marco que aún guardaba con una foto en la que Carlos y yo nos mirábamos cuando fuimos de viaje a Málaga, nos la hicimos en el mirador.

Mientras la observaba, la puerta se abrió y entró Héctor. No me dio tiempo a guardarla y mucho menos a esconder mis lágrimas.

—Lo siento, no quise entrar así, estaba preocupado. ¿Estás bien? —Asentí, negué, me encogí de hombros—. ¿Puedo pasar?

—Sí.

Cerró la puerta tras de sí y se sentó a mi lado, miró mis manos y por consiguiente el cuadro.

—¿Es tu novio? —se interesó.

—Lo fue.

—Entiendo. —Silencio—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Ya lo estás haciendo. —Le sonreí y él me imitó.

—Ya, otra. —Asentí—. ¿Yo te atropellé?

Su pregunta me pilló por sorpresa y, en vez de responderle, me levanté soltando el cuadro de mala manera en la cama y salí corriendo, yéndome de la casa porque, para darle esa respuesta, sí que no estaba preparada. Escuché la voz de Fernanda gritándome, en realidad creí escuchar también la de Héctor. No respondí a ninguna, no me paré y seguí mi camino. Ahora necesitaba a mi hermano, desahogarme con alguien que me conocía mejor que nadie, incluso mejor que la propia Fernanda.

El móvil comenzó a sonar y, cuando vi quién me llamaba, lo apagué.

Iba en el coche, ahogándome en lágrimas. Por un momento casi había bajado la guardia, poco faltó para abrirme en canal a otra persona, a punto estuve de fallarme a mí misma. Porque el día que desperté me hice una promesa, nunca más iba a sufrir por un hombre, por amor. Y aquí estaba, desmoronándome porque en realidad deseaba que Héctor me diese el mismo cariño que me daba cuando estaba en coma.

Media hora después estaba aparcando frente al hotel donde trabajaba mi hermano de recepcionista. Salí del vehículo y me encaminé hacia a la entrada. Me aseguré de que estaba solo y me acerqué, no me gustaba interrumpirle o que le echaran la bronca por recibir visitas en el trabajo.

—Pero si es la reina de mi vida —dijo nada más me vio y solo con eso, ya me había olvidado de todo de lo que huía.

—Hola, mi hermoso rey —le respondí acercándome a él para darle un beso.

Y justo cuando iba a salir del mostrador para abrazarme, escuchamos la voz de una mujer gritándole.

—¿Dónde mierdas te crees que vas, florecilla?

—¿Florecilla, en serio? —le pregunté a mi hermano cabreada.

¿Cómo se dejaba pisotear así? No lo entendía. Me di la vuelta para ver quién cojones le hablaba así a mi hermano y, cuando vi que era la jefa de mi hermano, me entró la locura que

guardaba en mi interior, ella lo pagaría todo. Era la mujer que vi en la discoteca con Héctor, la que no lo dejaba en paz.

—¿A quién llamas florecilla? —le respondí.

—¿Me hablas a mí? —Se tocó el pecho.

—Sí, no veo a más siliconadas por aquí —le solté.

De verdad que yo no era de pelear, pero que nadie tocara a las personas que quería porque me los comería a todos.

Se acercó, posicionándose justo delante de mí; era más alta que yo, aunque el metro y medio de tacón que llevaba también le ayudaba. En cambio yo, iba en deportivas. Nos retamos con la mirada, ella me reconoció nada más acercarse, me di cuenta por cómo abrió los ojos.

—Tú —escupió.

—Yo. ¿Tienes algún problema con Jesús? Porque se llama Jesús, Sr. Robles para los enemigos.

—¿Quién eres y qué haces en mi hotel? —alardeó de lo que tenía.

—Soy Judith Robles, la hermana del Sr. Robles, y cómo vuelva a escucharte hablarle así, te patearé el culo tantas veces que tu cirujano no va a poder reconstruirtelo —le dije con todo el coraje acumulado.

—¡Fuera de mi hotel! —gritó—. Y tú, maricón.

Dios, cuando le dijo eso me nublé, le di tal guantazo que se calló al suelo.

—¡Judith! —Me agarró mi hermano—. Cállate, por favor.

—Te ha llamado maricón, tú no eres ningún maricón. Esta zorra asquerosa me va a conocer. — Me abalancé de nuevo, pero mi hermano me tenía tan bien agarrada que no pude hacerle nada.

Se levantó con la ayuda de otra empleada, tenía la mejilla roja, muy roja. Ahí le saldría un buen moretón.

—¡Estás despedido! ¡No quiero volver a verte por aquí! —vociferó alocada—. Y tú... ¡Te voy a denunciar!

—Claro, apunta mis datos, ¡gilipollas! —Le saqué el dedo mientras mi hermano me sacaba del hotel.

Me dejó al lado de mi coche y volvió para recoger sus cosas. Me pidió que me calmara y pensara en lo que había hecho y, en realidad, no me sentía mal. Al contrario, me había desahogado de la mejor manera. Lo único malo de todo, mi hermano había perdido el trabajo. Pero que se joda la muy estúpida, siempre lo trataba mal.

Cuando volvió, se acercó a mí muy serio, demasiado, y nunca lo había visto así. La verdad era que ahora me sentía peor. Joder, hice que lo echasen del curro, no me lo iba a perdonar jamás.

—¿Estás bien, Jesús? —musité temerosa de que soltara toda la frustración contra mí.

—¿Estas de coña? Estoy de puta madre. ¿Tú sabes el peso que me has quitado de encima? Me ha despedido ella y con los años que llevo en la empresa me tiene que soltar un buen finiquito, con eso pondré el *sex shop*. Me has salvado la vida, hermanita, aunque a ti te va a caer una buena multa por agresión.

Mis oídos no daban crédito a lo que oían, me había quedado en *shock*.

—¿Un *sex shop*? —le pregunté asombrada.

—¿Eso es lo único que tu pequeña mente ha podido retener? —Soltamos una carcajada.

—Joder, Jesús, lo siento. De verdad que no pretendía pegarle, pero cuando te ha llamado... — Puso un dedo en mis labios.

—No pasa nada, me quieres y harías cualquier cosa por mí, al igual que yo lo haría por ti. Eres mi hermana, Judith, y si tú estás mal, yo estoy mal. ¿Recuerdas? —Asentí echándome a llorar otra vez, recordando el día que vino a sacarme de casa.

Habían pasado solo tres meses desde que volví a casa, después del accidente, de la boda. Estaba tan mal, tan deprimida que no tenía ganas de nada, no tenía ganas de vivir. Me encerré en mi habitación sin querer ver a nadie, importándome muy poco que me pudiera morir de hambre, total, ya estaba muerta.

Al otro lado de la puerta, se escuchaba a diario las voces de mi familia intentando hacerme entrar en razón, lo estaban pasando mal, muy mal. Después de que casi perder la vida, ahora tampoco se los estaba poniendo fácil.

Un día, sin darme cuenta, entró mi hermano. Estaba tan cansada que esa mañana no me levanté temprano para cerrar el pestillo y no dejar entrar a nadie. Mi hermano se acostó a mi lado, lo que hizo que mis ojos se abrieran de golpe y me levantara para salir corriendo. Me cogió del brazo e hizo que callera sobre la cama justo a su lado, me apretó con fuerza contra su pecho y comenzó a acariciar mi cabello.

—Deja de martirizarte, mi reina. No tienes por qué llorar por un sapo que no ha sabido convertirse en rey, porque tú no merecías eso, mereces un rey que te demuestre lo perfecta que eres día a día. Porque el ser madre, no hace perfecta a una mujer, su corazón sí y el tuyo no te cabe en el pecho.

Lloré con sus palabras, lloré mucho porque, aunque dolía, tenía mucha razón. Me costaba creer que pudiera merecer algo mejor que Carlos, a alguien mejor que ese hombre que me había demostrado todo lo que me quería, hasta que dejó de hacerlo.

—Solo quiero que sepas que, si tú estás mal, yo estoy mal y no queremos eso, ¿verdad? —Negué—. Yo te adoro con mi vida y no voy a dejar que ningún capullo te haga sufrir. Ahora levanta el culo de esta cama y sal a comerte el mundo antes de que él te coma a ti.

Entramos al coche y nos fuimos al cine, necesitábamos una película de acción donde hubiera mucha sangre y peleas. La verdad es que si me metía a ver una romántica, iba a acabar ahogándome en llanto y no quería llorar más. Vimos la película nueva de Will Smith, *Géminis*, y así se nos fue la tarde; comiendo helado, hablando de muchas cosas y preparando la fiesta pijama que haríamos esa misma noche en su casa. Pasar la noche con mi hermano sería lo mejor, ahí Héctor no podría encontrarme y podría descansar con tranquilidad.

Ya pensaría por la mañana si lo buscaba o no, no lo sabía aún. Puede que si le decía quién era yo, él mismo saliera corriendo, ¿no?

La cuestión era, ¿yo quería eso?

Capítulo 14

Héctor

Quise ir tras ella, pero Fernanda me detuvo reconociendo cómo se ponía cuando salía corriendo. Ese momento hizo que recordara el día del accidente, cómo fue que atropellé a esa chica, corría tan rápido como Judith.

Me senté en el sofá cabreado, lo estaba y mucho, pero con mi hermano por ser tan gilipollas que ni una disculpa sincera podía salir de sus labios.

—Héctor, déjala. Se ve que esa mujer no quiere nada contigo —le escuché decir para rematar.

—Eres un estúpido, Hugo y ¿sabes lo peor? —pregunté levantándome, mas él negó—. Que yo tengo la culpa de que seas así, si me hubiese quedado aquí ahora no serías tan gilipollas, al menos te habría cortado un poquito la libertad que te daba papá con tal de no escuchar tus quejas a diario —le recordé sin un ápice de control.

—No estás siendo justo ahora mismo, hermano, y creo que no es el momento de meter a nuestro padre en la conversación. Por otro lado, todo esto comenzó en cuanto la conociste. ¿Qué cojones te pasa con ella? Parece que no hay más mujeres en este mundo, joder —volvió a meterla a ella, a ser un imbécil de nuevo.

Fernanda estaba en segundo plano, con el teléfono en la mano llamando una y otra vez a Judith, pero no se lo cogía. Me estaba preocupando, no quería le pasara nada.

—Me pasa que esa mujer es la que necesito en mi vida.

—La acabas de conocer, no puedes decir eso de verdad.

—No la acabo de conocer, la conozco desde hace más tiempo —musité mirando a Fernanda, ella me miró perpleja—. Es ella, ¿verdad? —No respondió—. ¿Es la mujer a la que atropellé el día de su boda?

—¿Cómo lo has sabido, Héctor? —me preguntó hablando al fin.

—La verdad es que ha sido casualidad, solo recordé su nombre y até cabos. Pero tú acabas de confirmármelo y necesito hablar con ella, que sepa que estuve buscándola por mucho tiempo. No..., no sabes lo mal que lo pasé. —Mi voz sonaba desesperada, confusa, agónica.

—¿Tú te estás oyendo? Estás hablando como si estuvieras enamorado de ella y no sabes nada de su vida. Sí, la atropellaste el día de su boda. ¿Pero sabes por qué su ex la dejó? Lo mismo es una loca...

No pudo terminar porque Fernanda le dio un guantazo. Hugo la miró con asombro y sin decir nada, agachando la cabeza mientras negaba, salió de la casa imitando a Judith. En unos días todo se había vuelto una locura. En ese corto tiempo había encontrado a la persona a la que busqué tanto durante meses, y me había dado cuenta de que aquella mujer se había metido muy dentro de mí y ahora no sabía cómo sacarla.

—Lo siento, no quería que pasara esto —se disculpó ella.

—No tienes por qué disculparte, Fernanda. Soy yo quien no entiende por qué mi hermano es así y te pido perdón por haber visto su peor faceta tan pronto, se ve que te gusta —le dejé claro, haciéndole ver que yo quería la misma claridad.

—Ella también lo pasó muy mal, Héctor —se calló y suspiró—. Judith... Ella necesita amor

del bueno, sincero e incondicional. —Asentí entendiéndola—. Carlos la dejó por algo, pero no tiene justificación y mucho menos cómo lo hizo.

—No te voy a pedir que me lo cuentes porque creo que ella, si quiere hacerlo, lo hará.

—Así es —me dio la razón—. Voy a seguir buscándola, aunque creo que sé dónde puede estar. Te mando un mensaje con lo que sea, ¿vale?

Me acerqué a ella y la abracé dándole las gracias. Me hubiese gustado que me diese el teléfono de Judith para intentar localizarla yo, pero no me atreví y, sin más, salí de su apartamento.

Ahora me sentía con la necesidad de hablar con ella, de que, entre los dos, consiguiéramos seguir adelante. Ella por lo que le pasó y yo, yo por lo mismo. También lo pasé mal, llevarme por delante con el coche a una persona tampoco era algo que se pudiese olvidar de un día para el otro. Y menos cuando te tiras visitándola a diario y luego, puf, desaparece por tres años. La busqué incansablemente hasta que ya no pude más... Y ahora que la tenía al alcance de los dedos, no podía acercarme por miedo a que saliera corriendo de nuevo.

Como no tenía nada que hacer, raro en mí ya que siempre tenía trabajo de días acumulados, fui a ver a mi madre. No iba a estar tampoco sin ir a verla por sus comentarios. Además, seguro que mi hermano estaba en casa y podía echarle la bronca de nuevo por lo gilipollas que era.

Cuando llegué, mi madre se sorprendió al verme, pero más me sorprendí yo al ver a Elena sentada en el sofá tapándose la cara como si estuviese escondiendo algo.

Le di un beso a mi madre y me cogió del brazo para que me sentara al lado de mi ex, como siempre intentando juntarme con la peor de todas. No se daba cuenta de que no podía querer a una mujer que lo único que deseaba en la vida era ser más y más rica. La popularidad no era lo mío y conmigo jamás iba a obtenerla.

—Hola, Héctor. —Se quitó la mano enseñándome el gran moretón del pómulo, lo tenía tan hinchado que hasta parecía que tenía más labio.

—¿Qué te ha pasado, Elena? —me interesé preocupado, que no la quisiera no significaba que me alegrara de lo malo que le pasara.

—Al parecer tu novia, la que no sabía que tenías, le ha golpeado —intervino mi madre dejándome completamente descolocado.

¿Mi novia? ¿Qué novia? ¿De qué iba todo esto? Miré a mi madre y tenía el gesto agrio, estaba muy cabreada.

—No tengo ninguna novia, no sé a qué te refieres —me defendí.

—La chica con la que te fuiste la otra noche, con la que me dejaste tirada en la discoteca. —Me puse las manos en la cabeza.

Me levanté sorprendido y algo confuso. ¿Judith la golpeó? ¿Cuándo? Esto no podía ser verdad. Elena, con tal de que le regalase un poquito de atención, era capaz de inventar cualquier estupidez. Acusar a una persona solo por querer estar conmigo era pasarse de la raya.

Estuve un rato en casa de mi madre, escuchándolas a ambas. Elena despotricaba y mi madre le daba la razón. No era el mejor momento para discutir con mi madre por seguir en contacto con esta mujer. Cuando me cansé de ellas, me levanté y fui hasta la cocina, tenía que llamar a Fernanda para preguntarle si ya había hablado con Judith.

—Diga.

—Fernanda, ¿has conseguido hablar con Judith?

—Hola, Héctor. Sí, ahora mismo acabo de colgar. He hablado con su hermano y me ha dicho

que pasará la noche con él, yo iré para allá.

Seguí hablando con ella, intentando que me diese la dirección de su hermano. Al principio se negó, no quería seguir teniendo problemas con su mejor amiga; ya bastante la había cagado por estar de parte de Hugo y todo ¿para qué? Al final mi hermano no era más que un bocazas al que no le importaba hacerle daño a nadie con tal de conseguir lo que quería. «Está muy malcriado ese niño», fueron las últimas palabras que dijo mencionándolo a él.

—Por favor, Fernanda, no le digas que iré a buscarla —le pedí, casi le rogué.

No quería volver a cagarla, solo hablar con ella y conseguir que confiara en mí. Sabía que iba a ser difícil dado que nos conocíamos poco o casi nada, y aún no entendía cómo podía estar perdiendo el norte con una mujer a la que acababa de conocer. No sabíamos nada el uno del otro y, aun así, era como si nos conociéramos de toda la vida. Jodida locura.

—*Tranquilo, sé que cuando te vea me ganará una gran bronca, depende de ti que no me odie.*

Me despedí de ella y volví al salón. Mi madre estaba abrazando a Elena, no la aguantaba y mucho menos que mi madre la tratara como si fuese de la familia.

Cuando me vieron, mi madre me cogió del brazo y, disculpándose con mi ex, tiró de mí para llevarme de nuevo a la cocina. Por lo visto ahora quería hablar conmigo a solas y, seguramente, echarme la bronca y recordarme lo bonito que era todo cuando estaba con la falsa que estaba sentada en mi sofá.

—¿Se puede saber a qué estás jugando? —preguntó bajando la voz, aún estábamos muy cerca.

—¿Yo? —Me puse un dedo en el pecho—. No, mamá, ¿a qué juegas tú con ella? Sabes que no la aguanto y, aun así, la tratas como si siguiéramos juntos —le reproché.

—Eso no es cierto, la trato bien solo porque la quiero mucho y me molesta mucho que la trates tan mal. No se lo merece.

—Mira, mamá, no dudo de ello, pero es mejor que empieces a abrir los ojos y no te dejes llevar por Elena. No siempre dice la verdad —le aclaré acercándome a la nevera. Necesitaba un vaso de agua con urgencia.

Este tema ya me estaba sacando de quicio, Elena sacaba lo peor de mí y ella, aun sabiéndolo, lo seguía haciendo.

—La han golpeado, ¿es que no se te mueve nada por dentro? —Rodé los ojos bufando—. Eres un desconsiderado y siempre la cambias por tipas que no valen nada.

—No sabes lo que estás diciendo, mamá, y te rogaría que no te metieras en mi vida. Ya soy mayorcito para esto. Solo yo decido con quien estar o no. ¿Queda claro? —claudiqué caminando hasta la salida.

Estaba claro que visitar a mi madre tan seguido no había sido buena idea. Desde que mi padre se fue, ella había cambiado centrándose tanto en mí, tanto que me ahogaba. No paraba de meterse en mi vida, de meterme por los ojos a la mujer equivocada.

En el pasillo me encontré con Elena que, al parecer, estaba poniendo la oreja para escuchar nuestra conversación. Alcé una ceja en reprobación y ella sonrió con picardía. No iba a cambiar nunca y lo peor de todo es que yo lo sabía. Ahora era cuando me daba cuenta del error tan grande que había cometido al seguir acostándome con ella, al final se creía con derechos que no le correspondía.

—Lo siento, Héctor. Ya sabes que no me gusta acusar a nadie, pero me he visto en la obligación de denunciar a Judith Robles —escupió antes de que me marchara.

Paré en seco y no, no estaba sorprendido. Me giré para responderle y mostrarle mi cabreo.

—Haz lo que te dé la gana, total siempre lo haces.

Corrió hasta mí para impedir que me fuera, volviéndome a abrazar por la espalda, repitiendo lo que siempre hacía cuando no conseguía lo que quería conmigo.

—¿Por qué me odias tanto? Yo te amo, Héctor. Eres el hombre de mi vida y ya no sé cómo hacértelo ver —sollozó, aunque no me creía sus lágrimas.

—No te odio, pero tampoco te quiero. Si me disculpas, tengo que irme.

Me solté de su agarre y salí de casa de mis padres para luego meterme en mi coche. Como siempre, había venido para nada. Arranqué y me dirigí a mi apartamento. Necesitaba descansar un poco antes de ponerme delante de ella, otra vez. Solo esperaba que esta vez no saliera corriendo de nuevo.

Capítulo 15

Judith

Ya era de noche y estábamos en casa de mi hermano. Mi madre acababa de irse. Al enterarse de que estaba, vino a verme y, como siempre, a echarme la bronca por ingrata. Yo solo podía reírme, el que hablase así no me lo ponía fácil y mucho menos podía tomarla en serio.

Jesús preparaba algo para picar mientras que yo organizaba el salón con los almohadones del sofá y mantas en el suelo, sería nuestra cama.

Cuando terminé de poner todo, encendí la tele y, por supuesto, puse YouTube para escuchar algo de música. La noche iba a ser larga, necesitaba tanto desahogarme que estaba a punto de estallar. Entonces, justo cuando puse a Cali y el Dandee, se escuchó el timbre.

—¡Judith! ¿Puedes abrir tú? —escuché la voz de mi hermano desde la cocina.

—¡Voy! ¿Pero esperas a alguien? —pregunté abriendo y encontrándome con Fernanda—. ¿Qué haces aquí?

—¿Puedo pasar? —habló llena de súplica.

—Esta no es mi casa y si estás aquí es porque el dueño te ha llamado, por lo tanto puedes pasar. Eso sí, no sé si yo me quedaré. —Estaba siendo muy dura con ella, lo sabía.

Me di la vuelta dejándola en la puerta y me adentré a la cocina para cagarme en mi hermano y sus antepasados que eran también los míos. Aún no sabía el porqué de meterse en mi vida. Joder, tenía veintiséis años. ¿Es que no se daban cuenta de que ya no era una niña a la que cuidar?

Mi hermano, al verme, tragó saliva entendiendo que la había cagado.

—Lo siento, ¿vale? Me llamó llorando, es tu mejor amiga. ¿Qué querías que hiciera? Además, no creo que lo que haya pasado sea tan grave como para no querer ni verla. —Su excusa era tan llana como el plato de queso que había preparado. Negué cabreada.

—No es que no quiera verla, es que no quiero ver a nadie. ¿Tan difícil es de entender? Necesito paz y tranquilidad, y no puedo si ella está con una de las personas que saca lo peor de mí.

—Mira, Judi, me voy a ir, ¿vale? No quería que te pusieras así. Estaba preocupada por ti, y solo quería hablar contigo y saber que estabas bien —dijo Fernanda detrás de mí con la voz entrecortada.

No la miré, no podía. Verla llorar no me gustaba y menos si yo era la causa de sus lágrimas. Habíamos pasado tanto juntas que estar enfadada con ella era una tortura, pero es que ahora mismo no me sentía con ganas de nada. En varios días mi vida se había puesto patas arriba y todo había sido tan rápido que aún tenía vértigo.

Mi hermano nos cogió a las dos y nos llevó al salón, exigiéndonos quedarnos ahí hasta que aclarásemos las cosas. Él seguiría llenando ese plato de queso y más cosas. Si antes sabía que la noche iba a ser larga, ahora iba a ser eterna.

—Eh, Judi, yo... lo siento.

—¿Qué sientes?

—Siento haber jodido el día tanto. Siento machacarte tanto con Héctor... Pensé que sería bueno para ti enfrentarte a ese pasado que no podías olvidar. Supongo que me equivoqué. —Suspiró.

—No te equivocaste en eso, Fer, fue en haberte fijado en el estúpido de Hugo. No hace más que

sacarme de quicio y me jode que te pongas de su parte. En la comida se ha pasado mucho y en general lleva pasándose desde que nos conocemos... Lo peor de todo es que solo hace días de eso y ya es como si hubiesen pasado años. ¿Lo ves normal? Porque yo no.

Ante mi arretrato parlanchina, soltó una carcajada que hizo que le pegase un puñetazo en el brazo por capulla. Si es que no me podía cabrear con ella, la quería demasiado. Abrió los brazos para que me acercara a ella y abrazarme y así lo hice.

—Te quiero mucho, hermanita. No podría hacer nada que te hiciera daño. —Besó mi frente.

—Lo sé, lo sé. Yo también te quiero.

Justo cuando estábamos en el momento empalagoso, llegó mi hermano con la bandeja llena. Y aún había que ir de nuevo a la cocina a por más. Al final se había pasado poniendo comida, pero, como yo decía, la noche sería larga y era mejor combatirla comiendo que llorando.

Cuando por fin pusimos todo en la mesa, Fernanda se cambió y se puso el pijama. Yo me lo había colocado al llegar, con la clara intención de no marcharme. Menos mal que había hecho las paces con mi amiga, si no me habría ido en pijama.

Comenzamos a cenar y a hablar de otras cosas que no tenían nada que ver con chicos inmaduros, amores desconocidos del pasado ni nada similar. La conversación se cernió en momentos divertidos que habíamos vivido juntos y la verdad me estaba olvidando por un rato del motivo por el que escapé de mi casa en plena comida.

—A todo esto, acabo de caer en algo —mencionó Jesús interrumpiendo las risas—. ¿De qué conocías a mi jefa? —Enmudecí, ¿se lo contaba o no?

—Es una larga historia.

—¿Conoces a su jefa? —intervino Fer.

Asentí buscando las palabras adecuadas sin tener que meter a Héctor en el tema, pero iba a ser difícil no hacerlo.

—Es la mujer que estaba con Héctor cuando fuimos a la discoteca.

—¿Quién es Héctor? —preguntó mi hermano desconcertado.

—Es una larga historia, hermanito.

—Creo que tenemos toda la noche, ¿verdad? —ironizó y soltamos una carcajada.

No me quedaba más que contarle quién era ese hombre y por qué estaba tan mal. Empecé por el principio, porque era mejor que empezar por un final que aún no había llegado. Aún no sabía que pasaría, ni que haría cuando nos viéramos de nuevo. Solo quería evitarlo un poco más hasta que fuera inevitable.

Mi hermano estaba muy sorprendido, aunque más cuando se enteró de que me había acostado con él la primera noche que nos vimos. No me llamó guarra, pero le faltó poco.

—No me extraña que mi jefa te odie entonces —aseguró riéndose.

Los tres no parábamos de reír y no era para menos. El que yo hubiese actuado así cuando no mataba ni a una mosca, era como poco, extraño.

La noche estaba siendo de lo más divertida, me lo estaba pasando muy bien. Me levanté un momento para ir a la cocina a por más bebida cuando se escuchó el timbre. Antes de abrir, me acerqué a mi hermano y le pregunté si esperaba a alguien más. Él negó, ¿a quién iba a esperar a esa hora? No sabía si abrir y, no lo hubiera hecho, si no fuera porque los dos me insistieron a que lo hiciera.

Caminé hasta la puerta y la abrí, y no sabía si salir corriendo de nuevo o dejar que pasase.

—Héctor.

Continuará...